307.760985
M223c

Libros del mismo Autor

Publicados

"El Alma Errante"..... Versos, 1922 (agotado)
"Piedras Filosofales".... „ 1923
"Quimera Salvaje"..... „ 1925 (agotado)
"Democracia"..... Motivos polémicos,
1a. edición: enero, 1926
2a. „ julio, 1927
"Cosmópolis llega"..... Estampas limeñas, 1927

Listos para entrar en prensa

"Cosmópolis llega"..... (2a. serie)
"Timoleón Güarguero" Memorias de un imbécil que murió en olor de sabiduría.
"Decapitados"..... Interviús a Jacinto Benavente, Martínez Sierra, Villaespesa, Lugones, Chocano, Gabriela Mistral, Valencia, Sassone, Eguren, etc.
"Frutos Prohibidos".... Cuentos.

En preparación

"Kaleidoscopio"..... Paliques.
"Hombres de América". Semblanzas.
"Corazón"..... Versos
"Literatura Peruana".. Crítica.

COSMOPOLIS
LLEGA.....
ESTAMPAS LIMEÑAS
ROBERTO MAC-LEAN
Y ESTENOS

Ex - Libris
de
Vinatea Reinoso

Frontispicio de Carlos Raygada

Zincograbados
de
Campbell

1927
COSMÓPOLIS
LEGA
ESTAMPAS
LIVENAS
POR
ROBERTO
MACLEAN Y ESTENÓS

307.760985
M223c

Roberto Mac-Lean y Estenós

Latin American Mon.

Cosmópolis llega....

La rabia civilizadora del Siglo Veinte está dando muerte, una a una, a todas las tradiciones castizas.

Son exóticas ya las casas nobiliarias de portones con aldabas de bronce y blasones pétreos en los frontis: esta fuè convertida en un cuartel en donde los toques de diana y el trajín de los soldados perturban el reposado silencio de otros días; esa otra pasó a ser departamento burocrático en el que subalternos condecorados por la etiqueta del Protocolo, teclean a diario su rutinarismo sobre las Underwood envejecidas; aquella se derrumbó a golpe de piqueta y barreno para construir sobre sus ruinas un aristócrata club social.

Tampoco existen las calles que retorcían su estrechez como las boas. Calles aldeanas y mal olientes con sabor a lejania y a leyenda.

Desaparecieron los santos de cal y de madera, chillones de colores, que, empotrados en las hornacinas de los callejones, decían su misticismo a la fervorosa

credulidad de las gentes, con las manos amoratadas sobre el pecho y la mirada artificial en el cielo plomizo.

Tipos raros ya el de esos "provincianos", abundantes otrora, que preferían su poblacho a las tentaciones irresistibles de la urbe,escribían a sus paisanos en todos los correos, perdían siempre el tren, llegaban con sobrada anticipación a los cines y se dejaban robar la cartera en cualquier esquina. Tipos de museo. Tipos que se van perdiendo como los indios pieles rojas o los tranvías de caballos.

La tradición se va.....

Se va y nos deja, apenas, algunos recuerdos de su pretérito apogeo.

Los portales arcaicos sienten el peso aniquilador de los años nuevos.

La Plaza de Armas, ya no se abigarra de vendedores ambulantes que se defendían del sol por medio de toldos primitivos; pero la fuente, en la que los "aguadores" surtían diariamente sus barriles para vender, a lomo de burro, agua a domicilio, sigue hoy todavía murmurando chismes de vieja centenaria por la boca de sus dragones de bronce.

Yacen desmantelados de riquezas los conventos y las iglesias cuyas cruces multiplicadas en el cielo de la ciudad colonial, entumecida bajo las campanas medioevales, debieron darle el rictus de un cementerio de provincias.

Unos cuantos muros derruídos evocan la milagrería del Paseo de Aguas que un Virrey versallesco construyera para la gracia morena y seductora de su amante.

Y algunos balcones anacrónicos, de madera labrada y celosías mistericsas, piensan en las aventuras galantes de otras días, en el cruce brillante de espadines rivales, en la fuga suicida por la escala de seda y en los arabescos donde despertaba el sueño de la luna.

Algo más se va tambien con la tradición: los cuervos.

Antaño (Lima fué la ciudad de los gallinazos) ellos pulularon en nuestros cielos y, reunidos en cenáculos, pusieron la nota lúgubre de sus alas y de sus graznidos secos, en la torre de las iglesias, en las astas de las casas, sobre las cúpulas del Congreso o bajo los claustros de la Universidad.

Epoca hubo en que cúpoles desempeñar, en unión del sol, el viento y la llovizna, el papel de la baja policía.

El gallinazo es la expresión de la etiqueta. Está siempre vestido de frack. Es hosco y hermético. Huele a cementerio y a aldea. Es la caricatura del águila. Sus ojos agujerean la noche, a los horas en que los camareros empiezan a colocar las sillas sobre las mesitas de los bares. Y tienen una gravedad cómica. La misma gravedad de los acadèmicos condecorados y

de los filosófos que, desde su mundo apariencial, se ríen de los demás.

Matiz típico de la Lima vieja y polvorienta. Tan típico como la procesión de antorchas en la Noche Buena, los *cuartelazos* cada cuatro años, el entierro de Carnavalón los miércoles de ceniza, la Penitenciaría incrustada en el corazón de la urbe y un Panteòn lamiéndole los recios muros a la Universidad.

"Los gallinazos se van", me decía hace poco, tras su retorno a la patria, un espíritu selecto y vibrante, mitad Amauta mitad Arabec, que tiene las pupilas empapadas en la frágil bohemia parisina.

¡Cuánta verdad y cuánta nostalgia en esos labios fraternos!

Los cuervos se van.

El alma del Pasado se va con ellos.

Saludemos a los cuervos.

Irrespetuosa con las costumbres antañeras, la Civilización en marcha, trenzando a la vida nueva con un cordón de nervios y administrándole los santos óleos a la tradición castiza, ha hecho que la Ciudad de los Virreyes pierda sus matices típicos, cierre el cofre de su fragancia colonial y deje de ser lo que hasta hace poco era: una gran aldea con una profusión de campanarios pensativos y evocadores.

Toda ella es hoy vibración.

Vibración en el hormigueo de las calles, asfixiadas por el grito de los claxones, bajo el peso de los rascacielos en miniatura.

Vibraciones en los bailes de sociedad o en la plegaria de los talleres y de las fábricas.

Vibraciones en el cuerpo y en el alma, en los cerebros de los hombres que piensan y en los corazones de las mujeres que sienten .

Nuestra Ciudad abrió sus puertas.

Oxigenó su ambiente.

I un aluvión de razas llegó por el puerto: miraje de mástiles, tráfago en los muelles cansados y chimeneas humeantes de los barcos ante cuyas proas audaces rubrican su vuelo las gaviotas y fugan los horizontes. Esos barcos que esperan zarpar despues de habernos arrojado, a bocanadas, caravanas de turistas millonarios que viajan con las pupilas de sus ***kodacks*** fatigadas de maravillas; y amasijo miserable de vagabundos que buscan pan y pregonan sus andrajos y su hambre.

Lima, remozada de civilización, nace a una vida insospechada por nuestros abuelos: la vida egoísta, acaparadora y nietzchana de las urbes populosas.

Cada uno vive para sí y vive de prisa. I piensa y lee como vive. (Por eso talvez solo tengan éxito los versos telegráficos, las greguerías y los cuentos cortos)

Un paganismo alegre ha sucedido al místico recogimiento de los años que fueron.

Hay un continuo ir y venir en el parque asfaltado, los días de moda. Las damiselas lucen, entonces, su desesperada belleza de salón ante los mocetones que necesitan lecciones de galantería.

Las clásicas tertulias familiares se sustituyen por las visitas de sociedad. (Las ***visitas de sociedad*** no son sino un supuesto deseo de ver a nuestras relaciones y un gozo positivo al no encontrarlas en su casa.)

Los temblores epilépticos del "charleston" reemplazan a la cadencia majestuosa del minué.

Y decae la gracia arrabalera de la zamacueca: palmadas vibrantes, guitarra que rezonga, cajón que se habilita, revuelo de pañuelos y ágil contoneo entre un zig-zag de caderas y un zapateo de punta y talón.

(Hoy hasta los zambos insubordinados bailan el jazz y el tango).

Aumenta el chismorreo social.

Todo el mundo se codea en los clubs, cabarets criollos y salas de diversiones.

Abundan esos hombrecitos de ambos sexos, estúpidos como las maquinarias para renovar calzado (tras un biombo hace el trabajo un zapatero remendón) y que poseen esa fuerte dosis de imbecilidad que se requiere para ser alumno sobresaliente en las universidades, agradar a las mujeres, dedicarse con éxito a la diplomacia y triunfar en los salones sociales.

Mujeres guapas y sandungueras que tienen la gracia picaresca de los versos del Arcipreste y son sutiles como un prejuicio inglés, lucen por los girones centrales vestidos tan cortos que apenas les cubren con esfuerzo desde el seno hasta las rodillas.

Mujeres que se alquilan por metros cúbicos y

venden el placer a precios populares, en las calles apartadas del bullicio urbano.

Es Cosmópolis que llega.

Hoteles con olor a tabaco egipcio y baraúnda de conventillo, en los que aristocrátas *dinner-danzants* hacen armonizar a las rapsodias húngaras con los taponazos del champán.

Cafés cantantes en donde se plebeyizan hembras equívocas, estudiantes reacios al estudio, Talleyrands de baratillo, escritorzuelos cursis y contertulios que beben demasiado.

Parrandas nocturnas.

Vestales elásticas, espiritualmente obscenas, soberbias de color y de línea, que se contorsionan en danzas exóticas (¡oh ese ébano humano y divino que es Josefina Baker!) sobre los tabladillos y escenarios entre un estrépito de platillos y saxofones.

La ciudad se divierte. Diversiones vulgares como las blusas de organdí e insoportables como los conferencistas criollos. Diversiones que jamás embriagarán a la Capital en la alegría depravada de la Babilonia podrida ni la convertirán en la Babel en donde un dios inmisericorde confunda el orgullo de los hombres.

Bueno.

El espíritu de Lima no se fosiliza.

Es una antena en espera siempre de las vibraciones de la realidad.

El cable le trasmite cotidianamente el movi-

miento mundial, desde las cotizaciones del algodón en el mercado londinense hasta el último atentado contra el *premier* italiano o la reciente encíclica del Papa.

Y solo se alborota -o mejor dicho la alborotamos los periodistas- cuando, de tarde en tarde, las pizarras negras anuncian, en el frontis de los diarios, espeluznantes noticias policiales, que más tarde vocearán, con un atado de periódicos bajo el brazo, pilluelos de gorra sucia y dientes de nicotina.

El alboroto raya en hiperestesia, tumultuosa y delirante, las noches en que las bocinas amplificadoras de los rotativos anuncian a viva voz las incidencias y resultados de los matchs yanquilandeses en los que se disputan la fama y los dólares destacados profesionales del puñetazo.

I, para que nada falte en el panorama vanguardista, hay brigadas de apóstoles, nazarenos vestidos de *over-all*, heraldos anunciadores de una época nueva, que predican nuevos evangelios fermentados en el clamor de las usinas.

Al extranjerizarse, la Ciudad de los Virreyes está olvidando su heroico abolengo castizo y su leyendaria prosapia criolla. Uno y otra duermen en los anaqueles polvorientos de las bibliotecas selectas, entre las páginas de los libros que solo hojean el fervor evocativo de algunos hombres de letras.

El público, el Ogro millonario de cabezas, el grueso público, que todo lo paga y todo lo exige, ya no se preocupa de ellos. Prefiere el lío del box a cual-

quier drama de Segura; un match de foot-ball, a una excursión a Amancaes; y una tarde de regatas, a "pelar la pava" en la Alameda de los Descalzos .....

En la vida moderna de Lima empieza a sentirse el vértigo de la epopeya urbana que cantara Verhaeren. Son preciosos los minutos. El reloj no sabe detenerse. Y el Siglo-Veinte carece de tiempo para sentir la melancolía del Pasado y perder varias horas indagando si están enterrados en sabe Dios que bóveda de la Casa de Torre Tagle o en el sótano ignorado de alguna iglesia, junto con sus armaduras nobiliarias, los huesos del hidalgo escuálido don Alonso Quijano.

La Alameda de los Descalzos

Los arcos de piedra del Puente dilatan sus pupilas asombradas sobre el río esquelético.

A una vera, la ciudad reniega a diario su abolengo castizo.

A la otra, casas evocadoras se enfilan en las callejuelas empedradas y tortuosas. Y, tras ellas, hay una nostalgia de árboles y de frondas en la Alameda abandonada que, en sus lejanos días de esplendor, plagió su frescura a los parques de las Tullerías, bajo la regia pompa de los Borbones de Francia.

En ese rincón pintoresco de la Alameda de los Descalzos, dábase cita cotidiana lo mas granado de la sociedad colonial. Era el paseo de moda, impuesto por la aristocracia de la etiqueta limeña. El alma de nuestra ciudad antañera en la que se regocijaron los padres

de nuestros padres, dando tregua a los azares de su adolescencia tumultosa.

¡Más feliz que la nuestra la generación aquella! Todos nuestros coetáneos están acordes en que sus abuelos eran de la antigua cepa castellana: caballeros sin mácula; y sus abuelas, mujeres que atrajeron con su hermosura la admiración de todos los salones. ¡Dichosa generación esa, que no conoció a los hombres pillos y a las mujeres feas!

Matizaba la Alameda un desfile de calesas nobiliarias: corceles pindáricos, pajes de librea multicolor y portezuelas labradas con rapacejos de oro. Tal vez, si tras una de sus cortinas de terciopelo, atisbaba una doncella, mordiéndose los labios de ira y de celos, la gallarda apostura de su galán -chambergo empenachado, capote ondulante bajo el que se adivinaba la punta de una espada, y hebillas de oro en sus zapatos de tacos rojos- que dialogaba frivolamente con una condesita, decorativa y lánguida, de alabastrina frente sobre cuyos cabellos se complicaba el "tocado" y a cuyas plantas un ***petimetre,*** recargado de cintas y encajes, deshojaba, al pasar, la melosidad impertinente de un piropo.

Miradas que insinuaban románticos idilios.

Idilios que finalizarían en fugas suicidas, en puñaladas relampagueantes en la encrucijada nocturna o en duelos a muerte en los que, con la vida, se "lavaba el honor".

(El honor es como una camisa o un enaguas.

Suele ensuciarse con el uso; y conviene, de vez en vez, darle una remojada en cualquier piscina probática).

¡Viriles los duelos de antaño que segaban gallardamente a las juventudes en flor!

¡Grotescas las mentiras convencionales de los desafíos de hoy en los que, entre gallos y media noche, vestidos de rigurosa etiqueta, en esos «lavaderos de la honra» que son los despoblados, cerca de la guarida de cualquier banda de rufianes, se cruzan dos disparos al aire o la punta de los floretes dejan rasguños epidérmicos en los antebrazos o en las tetillas!

Dos cortesanos ponían en un rincón la romántica necedad de su indumentaria, mientras más lejos la sombra de un rival acechaba en la penumbra y allá, en un zaguán, una trotaconventos, zurcidora de voluntades, «iniciaba» a una doncella con la astucia de su remilgado chischiveo.

Tricornios bordeados de plumas blancas,

Espadas con empuñadura de brillantes, que pendían de tahalís de cuero, jamás desenvainadas sin motivo ni guardadas sin honor.

Frondas en las que se extravió quizás un perfumado pañuelo cuyo monograma estaba también grabado en la áspera corteza de un árbol y en el corazón firme de un noblecito, apenas huído de la adolescencia, que tomaba lecciones de esgrima y soñaba con el boato esplendoroso de las cortes de Francia.

Y la fontana, quebrando la curva de sus cristales

en los platillos de bronce, debió escuchar el diálogo ingenioso de los arcabuceros -corazas y escarcelas- con los gentiles hombres: jubón adornado de trencillas calzas abullonadas hasta los muslos, cuello alto y encajes en los puños.

¡Plácida exquisitez y aristócrata elegancia de la moda dieciochesca!

Eso era ayer. Un ayer colonial, rumoroso y lejano.

Hoy es el reverso. Un reverso desolador y sombrío.

La vetusta Alameda está impregnada de la tristeza de las cosas muertas. Es el esqueleto del Pasado. Un cementerio de recuerdos. Una alegría que enmudece y un dolor que medita.

Rumor de ángelus y de antífonas.

Sosiego.

Nadie lo interrumpe. Nadie sino la campana mística del convento de los Descalzos en cuyos patios los frailes de corazón bueno cumplen el precepto de Dios, echando migajas de pan a los gorriones y dando de comer a los mendigos haraposos y hambrientos.

Nadie, sino el pregón de un ***bizcochero*** acorralado de golfillos, de esos que juegan al «mundo» y a las «chapas», saben «hacerse la vaca» y se trompean, en plena calle, al repartirse las golosinas hurtadas en la vecina encomendería.

Nadie sino la algazara de algun banquete político o la iniciación de alguna manifestación callejera

que, muy de tarde en tarde, ahoga con su estrépito detonante los trinos de los pájaros y la música del viento sobre las hojas secas.

Ambiente de quietud y recogimiento -como en los versos de Fray Luis- donde agoniza el esplendor melancólico de los días que fueron.

La tradicional Alameda de los Descalzos añora su pretérito apogeo: el desfile de las calesas y de los nobles apergaminados, los romances versallescos bajo la luna y el sabor exquisito de la moda.

Su abandono -¡oh dulce encanto de la soledad!- es hoy un lugar propicio para el estudio de los colegiales aprovechados y las aventuras galantes de los mozalbetes cundas con las busconcillas sentimentales quienes se pierden, por parejas, en las tortuosas callejuelas vecinas, tan propicias al regocijo de los párvulos y a los amores prohibidos.

Es un rincón olvidado y doliente con su jardincillo salvaje prisionero entre verjas de hierro, su fuente enmudecida por los años, el rumor de sus árboles, sus polvorientas bancas de mármol y la belleza pagana de sus estatuas mutiladas.....

Mientras las andas avanzan.....

La tradición se defiende contra los avances de la vida moderna, estereotipada en las contorsiones inverosímiles del ***charleston***, el exotismo femenino de los pantalones «oxford» y la violencia salvaje del box.

La fiesta del Señor de los Milagros es un baluarte irreductible de la tradición limeña.

Es el día de la Religión y del Pueblo.

Es una genuina expresión de la Lima castiza, obligado tributo del espíritu al vasallaje colonial desde aquella época en que el mantón de la Tapada y los picantes de la vivandera eran el único acervo para poetas y pintores.

Perfumes de incienso y perfumes de plegaria.

Música y flores.

El fervor místico se encumbra en la rogativa de los fieles y en los cánticos de las devotas -cinta mora-

da sobre la manta clásica- que zahuman el aire con la mirra de los pebeteros y los aromas de sus típicos «pavos» de plata repujada.

Entre la muchedumbre, abigarrada, y gigantesca avanza con lentitud, sobre regias andas cuajadas de muy valiosos ex-votos, la imagen del Nazareno agónico, de rostro macilento y cuerpo ennegrecido por la pátina del tiempo y el humo de los cirios.

Miles y miles de miradas y de súplicas lo acribillan.

Enfermos, paralíticos o lisiados que le piden salud.

Feligreses con las rodillas endurecidas por la piedad, que imploran la salvación de su alma.

Hombres de negocios que buscan el éxito.

Estudiantes que, ante la proximidad terrible de los exámenes, sienten la angustia del candidato de oposición en vísperas del sufragio y del postulante a un empleo público en la antesala ministerial.

Y niñas casaderas, nuevas vestales que cuidan del fuego sagrado, que se consumen con la tristeza de los cirios y empiezan a marchitarse en la espera inútil del novio que no llega.

De los balcones llueve, al paso del Señor, puñados de rosas blancas, jazmines y violetas que se confunden con las flores que llevan las mixtureras, en grandes azafates, para echarlas al Crucificado.

Y entre un murmullo de oraciones avanza la veneranda efigie por las calles asfaltadas. Este asfalto ci-

vilizador que, al reemplazar a las piedras, ha desterrado una típica penitencia de las devotas: seguir la procesión con los pies descalzos.

Vetusta Iglesia de las Nazarenas donde se venera la tosca imágen del Señor de Pachacamilla, pintado por un negro anónimo sobre una pared de adobe que supo, después, resistir a los terremotos y que sale de su Santuario, discurriendo anualmente por nuestras calles, desde una tarde trágica en que, hace doscientos años, se le paseó por primera vez, para aplacar a la naturaleza en cólera. Divino Rabí a quien, por los extraordinarios favores concedidos a los necesitados, llamò la gratitud del pueblo «Señor de los Milagros».

Un vago sabor a paganismo hay tambien en los rezagos coloniales de las procesiones.

Ellas cubren las travesuras de los «palomillas» que anudan, por pares, las mantas de las beatas, y las citas de los enamorados que piden al Señor la culminación, en la Vicaría, de sus idilios primaverales.

Cabecitas locas que rezan maquinalmente mientras piensan en aquel galán desconocido que las sigue con insistencia, entre el apiñamiento humano.

Hay un regocijo de vivanderas.

«Comicayas» y turrones de «Doña Pepa».

Choclos y anticuchos sobre el brasero encendido.

Olor a «picarones» y viandas criollas.

Y sendos vasos de chicha, morada como el hábito de los «hermanos» que se turnan cargando las pesadas

andas de oro y plata maciza, imponen con rigor bullicioso el orden a los fieles y sienten belicosos afanes de superioridad.

Días de octubre son estos en que obtienen rendimientos pingües los mercachifles ambulantes, por lo general incrédulos o blasfemos, que venden cirios, novenas, cordones o estampas conmemorativas. Reverdecen los árboles, el cielo se torna más azul y más vibrante, y el advenimiento de la primavera se presiente en el pico de los gorriones ágiles y en los ojos de las mujeres bellas.

El crepúsculo va obscureciendo las calles.

Y el Nazareno, agonizante y dulce, sigue avanzando pausadamente entre la fúnebre luz de los cirios, los aromas de los zahumerios, los cánticos de las devotas, la sonora melancolía de la música y la unción fervorosa de la muchedumbre abigarrada y gigantesca.

El Ocaso de la Broma

El buen humor, el ingenio jocundo, el chiste a flor de labio y la exquisita hilaridad, fueron siempre el patrimonio privilegiado de los limeños de antaño.

La Ciudad Virreynal supo encontrar aún en los días pavorosos de los terremotos y las piraterías o en las horas más trágicas de su vida ciudadana, fácil presa para su comicidad y su humorismo.

La Broma, siempre oportuna, sabía entretenerse a maravilla.

Pintaba monigotes en la pechera almidonada de los políticos de talla.

Le daba un papirotazo en las narices del más encumbrado personaje a cuyas alturas se tiene la cara ceremoniosamente arrugada, perennemente dispuesta al estornudo.

Con alfileres y babas prendía ***pajaritas de papel*** en la levita de los oradores que, en la tribuna parlamentaria, desafiaban las iras ministeriales y levantaban el puño con dominadora solemnidad.

Escribía la picardía inigualada de un «mote» en las espaldas de cualquier títere de esos que nos estrechan la mano entre las dos suyas, a manera de sandwich, y entregan abiertas las cartas de recomendación, para ahorrarse la molestia de poner saliva.

Y limpiaba las telarañas de los rincones con los entorchados de un general o jugaba al «sapo» con las relucientes medallas de los diplomáticos.

(¡Para algo servían, entonces, las condecoraciones!)

La Broma en los labios o en la pluma de nuestros abuelos nunca dejó de ser finísimo estilete. Sabía a veces, despiadadamente, hacer trizas a las más sólidas reputaciones. Las cogía de la solapa. Las sacaba a empellones por las calles. Y las hacía dar volatines como los payasos de un circo.

¿Para que sirve el insulto si con la risa basta?

La risa se contagia. El insulto se aisla.

El insulto es lodo, y echado a lo alto puede caernos en el rostro. La risa, en cambio, es ágil mariposeo. Es música y es ala. Rasguño a flor de piel. Daga que se hunde en el pecho. Y loza funeraria que lapida para siempre.

Bueno.

En la Lima de antaño la Broma lo era todo. Desde la consejera de un diputado de la «minoría» para derribar a un gabinete, hasta la nodriza que envolvió los pañales y les hizo hacer pinicos a los muchachos de la actual generación que nacieron así, entre broma y broma, y ahora son terriblemente incapaces de tomar nada en serio.

Era la Ciudad que, de esta suerte, se divertía.

Ciudad alegre y confiada como en las comedias españolas, vibrante y sonora como una pandereta o una Plaza de Toros.

Lima ha cambiado. Ahora ya no sabe divertirse. ¿Hay, acaso, diversiones en nuestra Cosmópolis de juguete?

De día, el mecanismo del trabajo o la ociosidad de la burocracia. Y de noche..... pero ¿que se hace la gente, en Lima, de noche?

Las revistas limeñas ilustran semanalmente sus páginas con la baraúnda de las fiestas sociales. Los cronistas no se dan abasto. Y los lectores provincianos se emboban creyendo a nuestra urbe una Babilonia de miniatura.

Mentira. La gente no se divierte.

Igual aburrimiento palpita en los salones aristócratas, en los cabarets criollos y en cafés cantantes.

El baile y la risa es allí un sport.

Se baila y se ríe por obligación.

Las danzas de contactos umbilicales favorecen la

traspiración saludable, tanto o mejor que el tennis o el salto a la garrocha.

Y las parejas dibujan jeroglíficos con la planta de los piés. (La planta de los piés es el sitio en donde algunas mujeres llevan el pudor; y muchos hombres, la vergüenza.)

Y la risa es tan sin sentido como el baile.

Mueca estúpida la de esos mocetones presumidos que fabrican chistes indigestos como el salmón frío; y que ríen y ríen acaso para lucir algun diente blindado de oro o porque, eunucos de la vida, no han aprendido todavía a arrugar el entrecejo. (Una arruga debajo de la frente significa meditación u hombría.)

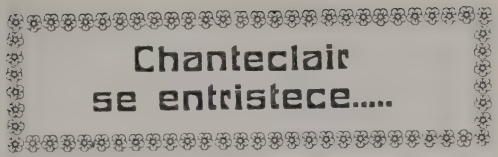
Risa inexpresiva que alarga mecánicamente los labios.

Risa ignorante.

Risa imbécil.

El ingenio limeño -¡da pena decirlo!- está hoy en decadencia.

Entonemos el *De-Profundis* a la Broma -estilete, ala, música- que alegró las travesuras espirituales de nuestros abuelos, y que nos ha dejado para siempre.


Chanteclair
se entristece.....

Eran los días del *faite* callejero, del negro *quimboso,* de la tamalera madrugadora y de los *palomillas* pendencieros que les sacaban «canas verdes» al pulpero italiano (descomunal obesidad) o al «macaco» de la chingana (tisis crónica).

Días de las «palizadas» escolares y de las trompadas en los callejones y las alamedas en donde los golfillos jugaban «a las chapas» y volaban la cometa.

Días de los pregones típicos que, en la ciudad pensativa y evocadora, alegraron nuestra adolescencia mataperra.

Bulliciosas y atrayentes eran, entonces, las tardes de gallos. Criollismo jugoso el de aquellos coliseos populares sobre cuyas arenas el azar del triunfo coronaba la trágica voluptuosidad de la lucha.

Aristócratas acidulados y aldeanos tartarinescos distraían la impaciencia de la espera, en torno del

brasero encendido, en el que se cocinaban los tamales sabrosos, o de la negra vendedora de ***zango*** y butifarras: polleras amplias, canasta al brazo, voz aflautada y piés desnudos.

Se fermentaba en los mates la «chicha de jora», excitadora de cerebros

Y había buen humor, glosas chispeantes y jolgorio franco.

Un revuelo anunciaba, en la cancha, la presencia de las comitivas rivales: cholos con poncho de alpaca y comadres en traje de feria. La víspera habían llegado a la ciudad, de esos poblachos incoloros y anónimos ante cuyos nombres las señoritas del Correo (las empleadas de la correspondencia y del teléfono son siempre «señoritas») hojean, malhumoradas, las páginas de los diccionarios postales

Los briosos gallos de pelea decían su arrogancia matonesca en brazos de los negros «jaleadores». Ellos traían el orgullo de sus galpones en sus crestas, en sus picos y el brillo trágico de sus navajas atadas bajo el espolón.

Son sádicos los gallos de pelea. Tienen un sadismo igual al de esos viejos libidinosos que maltratan a los párvulos y se dejan azotar, en el misterio violado de las casas prohibidas, por ramerillas de reciente importación.

Las pizarras del Coliseo anuncian la Jugada. Y en el pórtico de la vieja casona se iza la bandera roja de las grandes tardes.

Se multiplican las apuestas.

Se avivan los comentarios.

Y se da comienzo a la fiesta de la sangre.

Los ***aficionados*** - los «galleros», en la jerigonza técnica - siguen, en éxtasis, los detalles de la lucha.

Los gallos, menudos e iracundos, se miran con la insolencia de quienes se disputan una mujer.

Escarban la arena con las patas vibrantes.

Afilan el pico homicida.

Se miden el terreno, tanteándose con zamarra trapacería

Se espían con el instinto sabueso de un polizonte en asecho.

S
e

b
u
s
c
a
n
.

(Como escriben ciertos «intelectuales de vanguardia» a quienes les sobran cuartillas y les faltan sesos.)

Sus alas se repliegan.

Giran, a la manera de las bailarinas exóticas que plagiaron a nuestros ***bizcocheros*** criollos su afición

de llevar desnudos los piés.

Excitan su agilidad.

Enardecen sus ímpetus.

Se embisten.

Y se despluman en nuevas acometidas.

(Ahora los gallos no son ni viejos libidinosos, ni tenorios, ni polizontes en acecho, ni bailarinas exóticas. Son la reencarnación, a través de veinte siglos, de los gladiadores romanos.)

Los gallos de raza noble se ensangrentan, agonizan y mueren enterrando la navaja en el vientre adversario; pero no bajan la cresta ni clavan el pico en la tierra.

(Ahora los gallos son ..... Un momento. Ponga en juego el lector su imaginación y llene algunos renglones como mejor le venga en gana. Tal, el concepto novísimo del periodismo. El público colma, con sus datos, las diferentes secciones del diario; y los respectivos cronistas ..... cobran el sueldo.)

Bueno.

Los concurrentes exaltan, con su gritería, el epílogo trágico. Y los nervios de la tarde vibran en la caneha olorosa de sangre y de sol.

Hoy es otra cosa. Las peleas de gallos no tienen ya el encanto populachero de las de antaño. Los coliseos se han modernisado, perdiendo su criollismo. Acuden los jugadores que apuestan a cualquier «ají seco», «giro chorreao» o «moro chalaco» por la sensación del azar, con la misma frialdad con que en el

Hipódromo o en una sala de juego echarían su dinero a un «crack» o a una «escalera real.»

El público ya no se enronquece coreando la pelea y estimulando a su favorito.

Ya no brincan los comentarios donosos a flor de labio ni se escuchan las cabriolas espirituales del zambo pregonero, que tenía la cara de esos mastines de leyenda que echan llamas por la nariz.

Los hacendados no hacen suya, como en otrora, la causa de sus pupilos prolongando, fuera de la cancha, la riña a mano armada.

Y ya los gallos, desangrados sobre la arena, no son, como antes, el anuncio prometedor de las «jaranas» en las que el bordoneo ronco de la guitarra acompañaría el lamento de los «yaravíes» andinos y la alegría cascabelera de las zamacuecas, mientras empezaban a borrarse las últimas estrellas de la madrugada.

Las costumbres ganan en civilización lo que pierden en encanto popular. Y la vanidad de Chanteclair se ha entristecido al convencerse de que, aunque él no despierte a la alborada con su ***kikiriki***, detrás de las colinas sale siempre el Sol.

Las Noches Limeñas

Destruir una literatura es tan prosaico y doloroso como matar una ilusión.

Destruyamos, empero, la pintoresca literatura provinciana que aureola a las noches limeñas, con una leyenda de atractivos insospechados.

Noches tristes las de Lima.

Noches sin sabor y con monotonía.

Noches aburridas.

Las calles se ensombrecen. Se aislan. Apenas si alguien las trafica. Cierran sus párpados las puertas y ventanas. Y los faroles aplastan su luminosidad sobre el asfalto aceitoso del pavimento.

Los postes muertos del alumbrado han sido reemplazados por postes vivos: los policías municipales. Graciosos estos señores policías, severos e inmi-

sericordes; de movimientos mecánicos como los muñequitos de cuerda que levantan y bajan los brazos, y voz autoritaria como la de un Gerente de Banco (en su despacho) o un Diputado a Congreso (en los pasillos ministeriales)

Tampoco la alegría se ha metido en las casas. No se cultivan ya las tertulias nocturnas que epilogaban en la clásica cena hogareña.

Las butacas de los teatros están vacías. Solo saben llenarse los días feriados, las noches de algún "beneficio" o cuando los precios bajan inverosimilmente.

Quienes fueron al Viejo Mundo, luciendo un cargo diplomático o en viaje de recreo, sienten, al volver, la aguda nostalgia de las noches de París, de los cabarets de Montmartre con sus mayordomos decorativos y solemnes, de las tabernas de Montparnasse o de las agitaciones paradisiacas del Folies Bergeres. ¡Nada como la atracción irresistible de esa Antioquía gigantesca y electrizada!

Una amargura crispa los nervios de todas las diversiones de la Lima nocturna. (Las llamamos ***diversiones*** en el sentido caritativo del vocablo.)

En la pista de baile de los cabarets criollos simulan alegría esas mujeres taciturnas y dolorosas, vendedoras de sacudidas espasmódicas, que se maquillan de rojo los pómulos salientes, se tiñen de violeta las ojeras hondas y sienten una tristeza penetrante y aguda dentro de la caja armónica del pecho.

Nuevas Magdalenas sin Cristo que ríen por no llorar, con risa hecha de sollozos y de lágrimas.

La orquesta ataca un tango milonguero. Y hay un diálogo de preguntas y respuestas entre el flautín espiritual y el tambor materialista. Interrumpen los platillos alborotados. Y de vez en vez da un ronquido el bombo gordiflón y obsceno.

Alguien destrozó vasos. Blandió botellas en las manos iracundas. Golpeó a las mujeres. Les propinó los más encumbrados insultos que dicta la zoología comparada. Y desapareció luego en la grita, con sus alardes de fanfarronería, burlando al cajero celestinesco y a los policías que duermen en las esquinas.

¡Cuánta angustia escondida en esas covachas en cada una de las cuales se alquila algunos metros cúbicos de mujer! Hembras envenenadas y envenenadoras, taxímetros del placer, que sonríen con expresiva desvergüenza, se fingen resentidas con los clientes regateadores, se van suicidando lentamente a pellizcos de cocaína y son maestras en esas maldiciones pintorescas que suben a los antepasados remotos, descienden a la posteridad y no olvidan ni a los padres putativos, los hijos adulterinos, el médico, la criada y los amigos de la casa.

Amargura fría las de esas casuchas prohibidas que sabe frecuentar la juventud enriquecida sin esfuerzo. Gentecillas ociosas que prolongan allí sus noches de parranda. Mozalbetes a quienes recién apunta el bozo, que cursan el primer año de la Universidad y aspiran

a ser «alguien». Busconcillas demasiado bellas para ser buenas, víctimas de los accidentes del trabajo de Cupido; que bailan con movimientos canallescos, dejándose coger el talle de manera insolente; dan el amor en dosis homeopáticas, se dejan enrojecer los labios de besos, se emocionan bajo la exquisita complicación de las caricias, y viven en el tercer piso de una casa de pensión con ventana al patio, bajo los cuidados escrupulosos de una tía «pobre pero honrada». Periodistas trasnochadores de esos que saben escribir un elogio apologético sobre la frente de cualquier imbécil. Y señorones respetabilísimos (vientre hemisférico, bigotes merovingios y rostro urémico) que hacen gala, en todos los instantes de su vida, de profesar una Moral ajustada y solemne. Solemne como las honras fúnebres de un Mariscal y ajustada como la malla de las bailarinas que viajan con madre postiza, perrito faldero y muchos baúles.

Aire podrido el de los «paraísos artificiales» en donde, a la luz tísica de una lamparilla, sobre las tapicerías mugrientas de las tarimas, las pipas de bambú abotagan los sentidos e intoxican el alma. Excitaciones parlanchinas de la cocaína. Vértigo rabioso del éter. Morfina: laxitud y volatilización. Pasa desmelenada y ebria, entre las volutas de humo misterioso, una cabalgata de visiones fantasmagóricas. Los perfumes acres y adormecedores hacen olvidar. Embriagueces de narcótico. Mundos de magia. Minutos de anonadamiento y de nirvana.

(No me arrepiento de la frase anterior. Me la agradecerán las jovencitas sentimentales, las barchilonas y los poetas «vanguardistas»)

En los cuarteles generales del pecado, al son de los violines siguen agitándose las melenas de los músicos, mientras unas manos invisibles empiezan a borrar, una a una, las estrellas de la madrugada.

Rostros exangües.

Bocas encanallecidas·

Manos y narices cocainómanas.

Besos de cinematógrafo, asquerosos de fiebre y de tisis.

Hervor de sangre que late. Amores que se dan y que se venden. Amores que succionan las energías, agotan los músculos, engrosan la clientela de los hospitales y finalizan su desesperación con una fuerte dosis de veronal.

Bueno.

Desengañémonos.

Los atractivos de las noches limeñas no dejan de ser una bella mentira de la literatura de provincias.

Rouge y Rimmel

La limeña de ayer no es la limeña de hoy. Ayer fué la sonrisa del espíritu colonial. Gracia y tentación en la incógnita picaresca de las Tapadas. Fervor místico en Rosa de Lima. Capricho felino en Miquita Villegas.

Hoy consuena en el ritmo enloquecido de la vida moderna. Es una mujer nueva. Una mujer que masculiniza su frágil exquisitez de porcelana sin dejar de ser femenina. Una mujer siglo-veinte.

El romanticismo envejeció con nuestras abuelas, las de la saya y manto, la cintura apretada, el perfume de sándalo y los piés minúsculos dentro de chapines dorados. Guarden ellas, en el relicario de su evocación, los versos atormentados de Acuña y Silva, la me-

lodía de los valses y de las cuadrillas, el sabor familiar de las tertulias, el epistolario de sus amados platónicos, las procesiones solemnes en las calles estrechas y el paseo aristocrático en la Alameda de los Descalzos.

La limeña de hoy es otra. Igualmente leve, espiritual y adorable que la de ayer; pero es otra.

Le interesa más la vida.

Todo lo quiere hurgar su anhelo insatisfecho.

Asiste a conferencias, escucha recitales, acaso si escribe versos y discute de política; pero no se disfraza de filosofías baratas ni toma carta de ciudadanía en el sufragismo.

Fuma.

Nada

Se aviva los labios con lápices de carmín. Tiene pestañas de ***rimmel*** y caderas convencionales

Usa ***smocking*** y peluca ***garconne.***

Duerme con pyjamas de seda.

Teje primorosos encajes y hace deliciosos dulces «de convento» con las mismas manos con que maneja la raqueta del tennis y domina, con profesional destreza, el timón de un auto, en el vértigo de la carrera.

Reza para no «planchar» en las fiestas y pide novio a San Antonio.

Sabe los secretos del ***mah-jong***.

Se emociona hasta las lágrimas frente a los romanticismos peliculeros de Pola Negri o en la representación teatral de «La Dama de los Camelias», sin que esto la incapacite para aplaudir, loca de

entusiasmo, el quite de un guardavalla en el último match de foot-ball, un ***knoc-out*** decisivo en el lío del box, una llegada estrecha en el Hipódromo y una estocada hasta el puño en una tarde de toros.

¿Y el amor? No. No hay tiempo para pensar en esos ingredientes sentimentales. ¿Alguien toma las cosas en serio en este siglo frívolo? Nada de amor con literatura. Sería absurdo. Tan absurdo como si los empresarios de ataudes desearan larga vida a sus clientes.

No. Amor no. ***Flirt***, eso sí. Escaramuzas del corazón. Coquetería insinuante y discreta. Pudor y lisura. Juego de serpentinas. Leve inquietud de mariposas. Polvillo de oro en las alas y ágil revuelo en su espiritualidad. Música. Sonrisa. Sprit. Y luego humo, ilusión, recuerdo fugaz, olvido, nada.

Las limeñas no se enamoran de mendigos aristócratas ni de parásitos elegantes. No se consumen en el romanticismo de amores imposibles ni entregan su alma a jovencitos ociosos, perfumados como un peluquero de señoras. Quieren que sus novios sean ***hombres*** en la acepción masculina y recia del vocablo: que trabajen, que luchen por la vida, que no desmayen ante los fracasos pasajeros ni se envanezcan con éxitos efímeros; y que, a hachazos de voluntad, se abran en el camino una brecha de triunfo.

¡Bien por ellas!

Nuestras mujeres se culturizan. Leen. Sí que

leen para calmar la comezón averiguadora de la sicología femenina. Pero no ya las chocheces de los escritores nostálgicos ni de los poetas llorones. No las conmueve ni las posturas melancólicas ni las tragedias inverosímiles. Gustan de las páginas vibrantes de emoción. Y prefieren—ellas en su caso desearían otro tanto—que el galán joven le pida lacónicamente a la protagonista: «Dame un beso», y no que se enfrasque en onanismos filosóficos sobre la comprensión de las almas, la luna, el corazón y las estrellas.

Sí.

Todo está muy bien.

Es la vida que pasa.

Es la civilización en marcha.

Pero .....

Los más aventurados augurios resultan retrasados en la realidad. Por estar siglo-veinte la mujer está dejando, día a día, de ser mujer. Se masculiniza con la odiosa hibridez de una marimacho cargada de lirismos. Se hace cada vez más hombre. No es chiste de almanaque: difícil resulta hoy distinguir a hombres y mujeres, tendidos, en ropa de baño, sobre las arenas de las playas de moda.

Hay mujeres que se destrozan las manos, encaramadas en una escalera, limpiando el hollín de las chimeneas, o que encorvan sus vidas ante la Underwood implacables.

Mujeres que, en las actitudes bárbaras de los

boxeadores, se dan de puñetazos en un ring, acaso por hambre, acaso por snobismo.

Las hay sufragistas, buzos, aviadoras.

Mujeres-machos que a diario refrescan su odio a la vida, traicionan su feminidad y horrorizan a la Estética.

La limeña—¡a Dios gracias!—no llegará hasta ahí.

Es lo suficiente espiritual para no caer en tan lamentables aberraciones.

Es lo suficiente mujer para dejar de serlo.

Y tiene una voluntad firme contra la que se estrellará la vorágine arrolladora de los gustos nuevos: la voluntad inflexible de ser bella.

La Mendiga del Portal

Bajo el portal de arcos centenarios o en la Plaza Mayor de fuente dieciochesca y palmeras exóticas, exige la limosna pública una mujer maciza y hombruda, andrajosa y babeante, de rostro barbudo, voz ronca y mano alargada.

Esta mendiga de nombre desconocido no sabe de la súplica ni de la gratitud. No implora una caridad «por el amor de Dios» como esos lisiados que se arrastran en carretillas de madera y los ciegos de antaño que, guiados por un lazarillo, se detenían de puerta en puerta, anunciándose con los ritmos de su acordeón y de sus flautas de caña. Tampoco agradece con un «Dios se lo pague» como las buenas viejitas, desaliñadas y sumisas, a quienes los años encorvaron de miseria y que hasta hace dos lustros, aguardaban en

los zaguanes limeños, un día en la semana, los cobres roñosos que, a nombre de los dueños de casa, les entregaba un negro de posturas «guaragüeras».

Ni lo uno ni lo otro.

Ni gratitud ni súplica,

La mendiga del Portal es grotesca. A todos asedia. Recibe la limosna. La guarda en su faltriquera cuajada de parches con la avaricia de una «cocotte» retirada. Insulta a quienes le dan poco. Y pide más.

En el atrio de las iglesias, en el pórtico de las estaciones ferroviarias, o ante las vitrínas superabundantes de los hoteles, los mendigos acosan a los devotos y turistas con la exhibición de sus lacras, de su dolor y de sus manos alargadas y mugrientas que hablan de su angustia con más elocuencia que los labios.

Hay dolor sincero y dolor de escaparate.

Es el grito de los pobres frente al egoísmo de los «nuevos ricos». Unos gritan con el estómago como los ventrílocuos y otros con el cerebro como los negociantes.

Caridad. Bella palabra. Tema literario para los exámenes escolares de julio y diciembre. Motivo de inspiración para los versificadores noveles. Sentimiento cristiano paganizado hasta lo inverosímil por el escepticismo del Siglo Veinte. Simpático pretexto para organizar saraos sociales en los que distraen su «spleen» aristócrata damiselas a la moda que consultan su porvenir a las vaticinadoras, y jovencitos ***chic***,

que alivian su alma tullida en cualquier gruta de Lourdes, atrayente v profana.

La Ciudad edificó un Asilo de Mendigos. Pero los mendigos se niegan a asilarse. Su profesión les resulta más cómoda y lucrativa. Ser pordiosero en Lima rinde tanto como ser «poule de luxe» en París, coupletista en Madrid, hipnotizador de serpientes en Egipto, guía en las regiones alpinas, actor de cine en Broadway o productor de caucho en las selvas de la América tropical.

No dejeis caer sobre algun sombrero hecho flecos o en la cuenca de alguna mano mugrienta, el brillo opaco de una moneda. Proporcionaríais así a los mendigos un trabajo inútil: el ir a buscarse por sí mismo la satisfacción de sus propias necesidades.

Si el pedigueño es un borrachín, convidadle un trago; si es fumador, buscadle un empleo en el Estanco; y si es mujeriego, entonces sí conviene darle algun dinerillo, lo bantante para que no las pase mal.

Bueno.

Esta mendiga del Portal de gestos grotescos, narices dilatadas y sonrisa imbécil, es el tipo de las mendigas siglo-veinte: altaneras y hombrunas, con una póliza de seguros sobre la vida, un talonario de cheques contra el Banco, un automóvil de alquiler puesto en plaza y un fajo de billetes en la faltriquera andrajosa.

Eduviges, el mudo

Que daño hizo a sus padres, antes de nacer, este hombrecillo estrafalario para que lo envolvieran en un guiñapo de carne y le dieran un soplo de vida?

Eduviges ni oye ni habla. Nació así, en la obscuridad de un rincón anónimo, allá en su provincia. No oye, pero todo lo adivina. No habla pero se da a entender a maravilla con la expresión perfecta de su mímica.

No se conformó con nacer, crecer y vivir en un mismo sitio, como los ficus o los crustáceos que no sienten el vértigo de las lejanías. Y un día, sin saber como, se embarcó para el Callao, sin más equipaje que sus andrajos ni más porvenir que un mundo de interrogaciones en las pupilas.

¿Quién no le conoce aquí?

¿Quién no le ha visto, matinalmente, entre el tráfago de las calles centrales?

¿Qué noctámbulo no se ha encontrado con él, al amanecer, en los cabarets y cafés cantantes?

¿Quién no ha oído mentar a Eduviges, el sordomudo?

El conoce a todos y todos, desde el portero de una redacción hasta el político más encumbrado, pasan por el matiz irónico de sus imitaciones prodigiosas. El hombrecillo se trasfigura. A ratos es el Mariscal de las barbas clásicas o el Ministro de la parsimonia etiquetera. Adopta la pulcritud afeminada de cualquier «niño bien» con la misma facilidad que el gesto agresivo de un orador parlamentario. Y plagia, con sin igual maestría, los andares típicos del boxeador de moda y la quijada del torero célebre. Nadie escapa a su risa (Eduviges se ríe de sí mismo). Nada, a su perspicaz escrutación.

Todo lo observa.

Todo lo analiza.

Todo lo imita.

Eduviges debe tener un concepto paradógico de la vida. ¿Acaso él no es un paradoja? El mismo día en que se ha exhibido por las arterias céntricas de la ciudad en el Packard lujoso de jóvenes millonarios, duerme en la incómoda banca de una plazoleta de arrabal. Se cuaja de harapos unas veces y luce otras el frack o el smocking que le obsequió un amigo elegan-

te, las deslustradas botas que pertenecieron a gallardo militar, o la camisa, importada de Londres, que alguien, en una noche de parranda, dejó olvidada en lugares prohibidos.

Nacido en el medioevo leyendario este mudo hubiera sido bufón del Rey. Venido al mundo en este siglo prosaico apenas si ha podido ser pescador en una caleta, actor cinematográfico de una empresa nacional y jardinero en la Casa de Gobierno.

No sabe este hombrecillo el ansia de superarse. Ignora las tormentas del espíritu. Su alma en espiral no siente odio a la vida ni tiene la hipocrecía disciplinada de la educación. No llegan hasta su hermetismo las pasiones de rostro amarillento y siluetas cadavéricas. Vive del presente. Olvida el pasado. Descuida el futuro. Y camina siempre entre sus semejantes con el corazón sin recelos.

Es el hasme-reir de los señores graves y de las niñas frívolas. Es la mascota de la ciudad. Y acaso sea —¡quién lo sabe!—el descamisado feliz de los cuentos de Tolstoy.

Las Misas de Doce

Rouge.
Rimmel.

Encajes de Chantilly sobre las melenas alborotadas y los hombros de canela.

Porcelana en los diminutos devocionarios con pasta de cuero y en la nuca de las damiselas en cuyos labios se distrae una plegaria.

Feligreses que se apiñan.

Y sacerdote encanecido que oficia, delante del tabernáculo, la evocación incruenta de la tragedia del Gólgota.

Doce del día.

Los templos son avisperos humanos. San Pedro rivaliza con Santo Domingo. El rincón parroquial de San Marcelo evoca su esplendor pretérito. Las campa-

nas claman a fiesta. Y el sosiego se refugia en la vieja Iglesia de San Francisco cuya beatitud silenciosa no turba la algarabía de las misas dominicales.

Altares de ébano con talladuras primorosas y columnas salomónicas·

Labraduras laberínticas en los techos de cedro.

Frailes torturados y monstruos mitológicos se perennizan en la maravilla de los azulejos.

Y un Organo centenario enmudece sus flautas en la milagrería del coro, en el que, sobre un regio facistol giratorio, duerme en el polvo de las edades muertas un libro de cánticos, amarillento y voluminoso.

Clásicas en Lima, las «misas de doce».

Son el agrado místico de la moda. El ***rendez-vous*** que dirían los cronistas afrancesados. Todo «Lima bien» se da cita en ellas. Y es que ir a una ***misa de doce*** es tan de buen tono como ser habitué dominical del Hipódromo, abonarse a la Opera, aprender idiomas o frecuentar el Country Club.

¿Quien deja de ir, los días de guardar, a una misa de doce?

Pocos lo hacen por devoción; casi todos, por costumbre.

Estas, las «niñas» en estado de merecer, porque tienen la perspectiva de cruzar una mirada y una sonrisa con el bachiller en Filosofía que las galantea con platónico cinismo o el estudiante de Medicina de quien recibieron sentimental espístola. ¡Amores universitarios que, con matemática intermitencia, sufren agudo

eclipse, a fines de cada mes cuando llega la remesa paterna, o de noviembre a diciembre, època de exámenes en que los donjuanes se olvidan de las novias para dedicarse a estudiar el noumeno de Kant o los síntomas de la arterioesclerosis!

Aquellas, las «huachafas» -¡oh inolvidable Jorge Miota!- van a la misa de moda por no sentirse menos que las ***niñas de sociedad*** cuyos nombres saben de memoria y a quienes imitan en su gusto a lo exótico y en sus mohines picarescos, ensayados en el espejo de su «boudouir» y plagiados a Gloria Swanson o Constance Talmadge.

No escasean tampoco las colegialas de San Pedro y de Belén, de San José de Cluny y de León de Andrade, que huelen fuertemente a castidad y que en los «días de salida» -¡dorado sueño de las internas!- cambian el sencillo uniforme por el vaporoso vestido llegado últimamente de París. (De París tambien llegaron ellas, en una caja de muñecas Lenci, despues de un viaje de nueve meses.)

Misa de doce.

Hay un respiro inmenso en la muchedumbre elegante. Son las mismas caras, ya gastadas para nuestra vista, que se miran diariamente en el tennis o en el polo, en los miércoles aristocráticos del Hotel Bolívar o en los domingos plebeyos del Paseo Colón, en un ágape social o en el cine donde se exhiben películas calificadas por la Junta Censora.

Un sembrador de ideas, desde un púlpito colonial, derrama la buena semilla sobre los espíritus. Glosa algún pasaje del Evangelio. Exhorta a la virtud. Y condena, con acentos de Apocalipsis, a esa Babilonia social estereotipada en los escotes, las faldas cortas, la ausencia de mangas y las contorsiones desarticuladas de los bailes de moda. El verbo seráfico se ilumina bajo las bóvedas sagradas. Y el corazón evangélico del predicador espera, con fé irreductible, que su voz sea la gota de agua que horade la moral endurecida de los hombres.

Sinembargo.....

Nada respeta el paganismo en marcha. Nada. Ni la Oración de Cristo. Ayer no más, a las cadencias de una música milonguera, el «Padre Nuestro» hizo piruetas y se convirtió en un tango de arrabal que arrastran, en el libertinaje de cualquier casa de baile, pindongas y rufiancillos, universitarios parrandistas y magdalenas del arroyo, mientras canta una hembra con voz enronquecida por el alcohol y la orgía:

«Padre Nuestro que estás en los cielos,
que todo lo sabes y todo lo vez,
¿porque me abandonas en esta agonía?
¿porque no te acuerdas de hacerlo volver?»

Hoy el paganismo se ha metido hasta en los templos. Las «misas de doce» tienen toda la liturgia de las reuniones sociales. Su apiñamiento, en los días de

fiesta, es hermano gemelo al de las boleterías de los teatros los días de moda.

La salida de misa es una caravana de trivialidades tan interesante como la salida de un cine: en ambas los mozalbetes abren calle por la que pasan, ante sus miradas y requiebros, quienes sienten en la mañana piadosa unción bajo la efigie del Crucificado y por la tarde romantizan hasta la desesperación en la última película de Rodolfo Valentino.

Las mujeres van a misa con sombrero y bolsón como si se tratara de «salir a compras». El gorro de astracán y el sombrero de seda han triunfado así sobre la mantilla tradicional y vaporosa, que tan admirablemente sentaba a las limeñas morenas y a las majas andaluzas. Ya les llegará su turno a los escotes profanos, a las mangas altas y a las faldas minúsculas.

Y entonces el dilema será irreconciliable:

O se «suspenderán los oficios religiosos», como ordenan los carteles alusivos, mientras permanezcan las damas ataviadas a la moda, o se quedarán vacíos los templos.

Y el mandamiento de ***santificar las fiestas*** será letra muerta.

Y mientras, frente al avance del paganismo arrollador, los jóvenes de la Y. M. C. A. continúen entregados a los deportes que espartanizan los músculos y los de la A. S. J. auspicien «ratos musicales» y conferencias que tonifican el alma, desde el severo púlpito las palabras del fraile de corazón silvestre, enrojeci-

das y anatematizadoras, tendrán en tono vengador de las profecías bíblicas.

Vanidad de vanidades y todo vanidad.

Rimmel.
Rouge.
Encajes de chantilly.
Hora de la misa dominical

Todo se espiritualiza y es solemne en la iglesia, desde la imagen del Cristo agonizante que se multiplica en la Vía Crucis de los muros hasta la resignación del mendigo que, en los portones recios, implora una caridad; desde la grave melodía de las flautas del coro hasta el bostezo del monaguillo arrodillado ante el altar mayor; y desde el ademán patriarcal del sacerdote octogenario -albo sobrepelliz bajo la casulla bordada de oro y pedrerías- hasta el camafeo que descansa sobre los senos de las señoras linajudas que, más tarde, en las charlas de sobremesa o en los salones aristócratas, entre una partida de bridge o un juego de mahjong, rivalizarán en elogios comentando el sermón del Padre Abreu o del agustino Tomás Alejandro.

Tedium Vitae

Blancos.
Morenos.
Rubios.

Hijos del azar y del infortunio, los huerfanitos llevan su drama en la carne y crecen en los Asilos con el misticismo enfermizo de las flores de los invernaderos y la tristeza pálida de una primavera sin ilusiones y sin ternura.

Hijos del Amor que no medita su prohibición absurda y del Pecado que refugia su arrepentimiento en los hospicios y se expía en las salas quirúrgicas saturadas de yodoformo.

Hijos repudiados y malditos, sin padres, sin nombre, sin cuentos de hadas en las cunas miserables.

Blancos.
Morenos.
Rubios.

Este fué depositado una noche anónima en el frío torno de un convento, envuelto en pañales y encajes, con una esquela suplicatoria.

A ese le encontró una feligresa, una mañana, en la penumbra cómplice de un confesionario.

Aquel estuvo arrojado entre los basurales del arrabal y lo halló un vagabundo, husmeador de desperdicios, cuando ya los cuervos empezaban a solazarse ante el anuncio del próximo festín.

Enyuntados a la miseria y abandonados en el arroyo para impedir—¡oh terrible prejuicio social!—la deshonra de quienes les dieron el ser como si deshonra fuera el rendir a la naturaleza el tributo sublime de la maternidad. ¡Sociedad implacable con estas nuevas Magdalenas que no vendieron su cuerpo a ningun marido ni cotizaron sus muslos como un valor bursátil sino que se entregaron por amor, en un abandono completo de todos los sentidos, como en los romances atormentados de Rodolfo y Mimí, Margarita y Armando, Abelardo y Eloísa!

Blancos.
Morenos.
Rubios.

Hileras monótomas que serpean en las calles y uniformes gtises, con el gris de las arenas del desierto, de las horas tediosas o de los días de invierno.

Son frecuentes en Lima las fiestas de caridad en beneficio de los tuberculosos o de los huerfanitos.

Los preludios de ellas son divertidísimos.

Cada ensayo finaliza en una «soiré» con pastas, refrescos y flirt.

Emoción del debut.

Música.

Las candilejas se proyectan multiplicadas en los cristales de los anteojos de teatros y en los «impertinentes» de carey y marfil.

Belleza triunfante en los trajes de fantasía, en la euritmia de las danzas clásicas y en el baile rimado con el zapateo de los tacones de madera.

Ovaciones del público y abrazos de los amigos. Estos buenos y sinceros amigos de sociedad que nos abruman de elogios y no desperdician oportunidad, apenas volteamos la primera esquina, de aderezar nuestros nombres con los más pintorescos adjetivos de la zoología comparada.

Se pide a gritos el «bis».

(Las mamás y las tías solteronas sonríen complacidas).

El éxito ha sido sonoro como un taponazo de champán. Y las revistas, al pié de fotografías antimetafísicas, exageran gentilmente el donaire de las improvisadas manolas, ebrias de juventud, y los méritos de los tenores de ocasión, ebrios frecuentemente de alcohol.

Todo está muy bien. La gente va a los teatros.

La taquilla es exhuberante. Y el público se regocija, comenta, elogia, paga y aplaude.

Pero.....

¿Alguien, acaso, en aquellos festivales, tiene siquiera un recuerdo piadoso para esos infelices que tosen y tosen y esputan sangre, en los sanatorios, aniquilados por la fiebre y la tisis?

¿Alguien tiene un pensamiento para esos pobrecitos que ignoran la felicidad de tener padres y viven recluidos en los Hospicios?

¿Alguien sabe, por ventura, de tanta miseria oculta que se hunde en el prostíbulo o se encumbra en el suicidio?

Caridad.

Sí. Caridad paganizada que divierte al público y se olvida de los menesterosos.

¡Triste caridad aquella que luce las pantorrillas, maneja las castañuelas y sube a los escenarios disfrazada de bailarina!

Una simpática costumbra matiza anualmente las calles céntricas de Lima y las urbanizaciones circunvecinas: un día, el de los inocentes, los choferes de alquiler pasean toda la tarde a los huerfanitos, en los *taxis* que desfilan uno detrás de otro como los potrillos competidores en el «canter» reglamentario del Hipódromo.

Y una firma comercial les obsequia, tambien cada año, con un espléndido almuerzo servido en los

jardines del Zoológico.

Asistencia presidencial.

Algazara de la chiquillería.

Ir y venir de criados, bandejas y platos.

Menú suculento.

Champaña.

Discursos.

Se reparten juguetes.

Y los párvulos se desparraman, después, entre los pintorescos vericuetos del Zoo, profanados por la urbanización y por los fotógrafos ambulantes.

Laguna romántica bajo la glorieta vetusta.

Puente cuya rusticidad duerme sobre dos moles de piedra.

Cisnes plácidos.

Arboles narcisos que se miran en el espejo de las aguas.

Cóndores encarcelados en una jaula de hierro.

Pero los chiquitines prefieren solazarse ente el mico que da saltos, hace morisquetas y se rasca el vientre. Arrojan maní al aplomo filosófico del elefante cuya silueta intentarán garabatear, más tarde, en sus cuadernos de dibujo. Y ponen interrogaciones, agudas e ingenuas, ante el cuello de la girafa, los saltos del kanguro y la piel atigrada de la cebra.

Y los huerfanitos regocijan así, en paréntesis risueño, la insipidez reglamentaria de sus vidas en la sombra desolada de los hospicios, fríos de ternura co-

mo la sala quirúrgica de un hospital o la loza evocativa de un sepulcro.

Blancos.
Morenos.
Rubios.

¡Pobres huerfanitos, polvo de la tribulación, corazones frescos para las garras del *Tedium-Vitae*, hijos de la tierra miserable que necesita de nosotros para vivir abonada por la cal de nuestros huesos y por nuestra carne que se pudre!

Las Sampedranas se van

Faldas azules.
Blusas a rayas celestes.
Andar menudito.
Y alegría bullanguera en sus almas de golondrina.

Son las ***sampedranas*** que pasan. Las colegialas de San Pedro, aladas, vaporosas y parleras, perfumadas a misticismo como las páginas de un devocionario o las vírgenes que iluminan las vidrieras de las catedrales.

Un cable de Roma y las exigencias administrativas, al hacer evacuar el antiguo colegio, trasladándolo definitivamente al local de las monjas de León de Andrade, han dado muerte a un matiz encantador y

sugestivo de la Lima antañera: las ***sampedranas***, las que con la sal y pimienta de su ingenio chispeante y picaresco, mezcla de pudor y lisura como en las Tapadas clásicas, dieron justo renombre de espiritualidad y buen decir a la limeña de otros días.

Sampedranas fueron nuestras abuelas, nuestras madres, nuestras hermanas. Tres generaciones, educadas por las hijas espirituales de Magdalena Sofía Barat, vivieron su adoleccencia en los claustros de San Pedro, dentro de un ambiente de austeridad puritana y moral ejemplar; y dijeron allí su ilusión por la vida, bajo la mirada celeste de la Purísima que, en el patio de honor, sonríe todavía con la dulzura hierática de su sonrisa de mármol.

(Lejos del mundanal ruido, como lo quería Fray Luis, la beatitud claustral de las buenas monjitas ignora que la ***moral siglo-viente*** es como los prismáticos de larga vista: se encogen o alargan, acortando o ensanchando el campo de visión, a voluntad de quien los usa.)

El recuerdo diviniza la amable severidad de la madre Echevarría, y las horas de los arrestos vespertinos, en mérito de un tema no cumplido, cualquier hablilla en las clases o haber llevado a cabo, a costa de alguna hermanita «casitera», una de esas mataperradas que «hacen época». Los patios de recreo, enmarcados entre portales, donde se desbordaba un alboroto infantil y bullicioso. La piscina en la que ca-

brilleaban pececillos multicolores. El parral fresco y oloroso, propicio a las confidencias ingenuas. Las aulas amplias en cuyas paredes frontales colgaban las imágenes de la Virgen y del Sagrado Corazón

Misticismo y estudio.

Primavera de la vida.

Juventud, «divino tesoro» que dijera Rubén.

Las «grandes» miran a las pequeñuelas con un gracioso gesto de protección desdeñosa.

Ya ellas no cantan en coro las sílabas, el catecismo y las tablas de multiplicar, se han olvidado del aro de madera, y apenas si juegan con las pelotas de goma.

Algunas empiezan a colorearse de ***rouge*** los labios y se subrayan los ojos con el negro del lápiz. Otras sienten todavía «amores con candidez» en los que el instinto de sus primeros tanteos de ciego, mezcla de atracción y simpatía, celos y lágrimas, algun «souvenir» y alguna dedicatoria firmada con letra inconfundible en el borde de bellas estampas.

Todas aspiran a la «banda azul» y a figurar entre las «Hijas de María», e ignoran aún las ecuaciones del esgíritu y la química orgánica del sentimiento.

Frecuentan los cinemas los días de moda. Rien ante las travesuras de Agapito. Aprenden el romanticismo peliculero de Pola Negri o Mary Pickford. Y las subyuga, con su irresistible simpatía, Ramón No-

varro y Rodolfo Valentino quien, después de muerto, sigue, en la pantalla, conquistando mujeres con una sonrisa; y cuyo retrato se multiplica en sus albums o entre las páginas de su Historia del Perú o de la Lógica incomprensible.

Se sonrojan hasta la exageración ante las rejillas de los confesionarios (dulces pecadillos veniales), y se ruborizan cuando reciben algún elogio de los propios labios de la madre Baurepaire o de la monjita Pradenas: hábito negro y toca blanquísima recortándoles el rostro marfilino.

Y realizan su sueño dorado de los tacos altos y de los primeros enamorados, «pollitos» colegiales que les mandaban epístolas almirabadas; las esperaban a las doce del día, hora de la salida, en las esquinas de la plazoleta, mientras, desde los portones, al ceño inquisidor de la madre González ahuyentaba a los galanes; las seguían, a prudente distancia, en las calles; les rondaban el balcón, hurtando el cuerpo a las miradas escudriñadoras de la mamá; se trompeaban por ellas y por ellas subíanse a las torres de la iglesia vecina al colegio para verlas, desde allí, jugar en los recreos.

¡Disparates, encantadores disparates cuyo recuerdo perdura toda nuestra vida!

Marías.
Susanas.
Gracielas.
Clotildes.
Violetas.

Faldas azules y blusas a rayas celestes.
Alegría bullanguera y almas de golondrinas.

Motivo de júbilo es la tradicional Fiesta del Patronato en la que, un día del año, se reunen madres e hijas—y tal vez nietas—para regocijarse con los atrayentes números de una kermesse o una representación infantil, escrita por el ingenio agudo de alguna ex-alumna. Dan, entonces, un salto atrás al tiempo y vuelven a vivir las horas antañeras, olvidándose de los sinsabores diarios y sintiéndose cada vez más buenas

Un cable de Roma y las exigencias administrativas han hecho enmudecer a los claustros.

Se apagó la algarabía de los patios de recreo.

El parral y la piscina meditan su silencio doloroso.

Y el recuerdo, como un niño, se pone a llorar en un rincón.

La vida es inexorable.

Seres y costumbres desaparecen en su marcha incesante.

Hoy muere un retazo más de la tradición hecha girones.

¡Agitemos el pañuelo de las despedidas ante el encanto sugestivo de las sampedranas que se van.....!

De Mercaderes al Palais

Sol.

Gente que se entrecruza en las aceras estrechas.

Ir y venir de burgueses plebeyos y pisaverdes ennoblecidos que malgastan su fortuna y su tiempo.

Vértigo.

El tráfico se estanca, pese a las luces rojas y verdes que lo regulan. Huele a gasolina y hay un clamor impaciente de bocinas y claxones ante la mirada inquisidora del Policía Municipal. Es que se abre la portezuela de un ***taxi*** y desciende una damita, dejando adivinar la gracia primorosa de una pantorrilla que tiembla bajo la media de seda. Curvas pluscuamperfectas que avivarán talvez los ojos ávidos

de algún vejete, protervo y socarrón, de esos que presumen de jóvenes, persiguen a las nenas, paladean requiebros y son coleccionistas de curiosidades sentimentales.

De Mercaderes al Palais—trasplante de la Florida de Buenos Aires—hay un latido de la ciudad.

La ociosidad dorada de los «niños bien» se hace avispero en la puerta de los bares y de las confiterías. Singulares matices la de estos jovencitos barbilindos, efebos de prestigio galante y líneas de onanista, aristocratuchos en cuyas familias linajudas se conservan poéticas penumbras sobre la paternidad y filiación. Nuevos Brummeles en caricatura, son amenos despotricadores de honras femeninas. Muy aptos para los ejercicios caligráficos, tienen una habilidad insuperable para imitar la firma de los principales comerciantes de la ciudad. A quien no lleva las células del cáncer o el bacilo de la tisis, la sangre le revienta en fístulas. Tienen el espíritu chato como las narices de un bulldog. Hacen suyos los chistes verdes atisbados con tesón en el diálogo de la última opereta. Guardan un salvo-conducto para triunfar en sociedad: la estupidez. Y cada quincena, con riguroso mecanismo, buscan—escapándose de casa con la complicidad protectora del mayordomo—el amor nocturno y barato, en lechos mercenarios.

La librería de tonos bohemios es el cenáculo de los anfibios literarios que buscan el espaldarazo ritual y se elogian con cargo de reciprocidad. Se reunen en

ella vespertinamente desde el filósofo que hurga la causa suprema de las cosas y tiene una abundante fe de erratas en su vida hasta los pibes que divulgan corregidas y aumentadas las insensateces del profesor, fuman para echárselas de hombres, juegan billar y compran espeluznantes novelas policiales de Fantomas y Rocambole. No escasean tampoco en ella el Sancho académico, el hortera que presume de culto y se embrutece en la lectura de artículos de fondo, el pintorcillo de óleos vanguardistas y el poeta ramplón de melena espronceda y pañuelo rojo, que se emborracha y llora.

De Mercaderes al Palais se lucen todos los matices de la gracia femenina.

Tobilleras que estudian sus contoneos, gustan de los piropos románticos y de los amores petrarquizados, fuman, leen a Paul de Koch, miran de soslayo sus siluetas reflejadas en las vitrinas, se arreglan un rizo escapado bajo el sombrero de moda, catalogan sus besos (desde beso ardiente de una chiquilla veneciana hasta el beso frívolo y picaresco de una garconne parisién), y entre fervorosas protestas de virtud se dejan tomar en un sofá.

Colegialas uniformadas y bullangueras que regresan a casa con el cancerbero de la mucama de confianza y para quienes no hay obsequio mejor—¡líbrelas su buena suerte de que lo sepan las monjas!—que un saludo, sombrero en mano, de cualquier estudiante universitario.

Niñas de sociedad—algunas melenitas de oro a base de agua oxigenada—que se afeitan la nuca, las axilas y los vellos de las piernas, diariamente ***van a tiendas*** sin comprar nunca nada; ocultan. en nombre de los buenos principios, sus reveses de fortuna; preguntan en las joyerías el precio del relojito pulsera, regalo del último novio; guardan en el bolsón un frasquito de ácido acético (eficaz antifecundativo); se regocijan comentando los recientes escándalos sociales; y están versadas en los secretos pecadores del «gran mundo» en el que, en muchos casos, para ser "***cocu***" solo se requiere tener una esposa guapa y un amigo íntimo.

Y «horizontales» criollas y extranjeras, expertas en recetitas amatorias, que salen en busca de clientes a las horas crepusculares cuya penumbra disimula los estragos de la edad y del vicio, dando cierto realce a sus miradas de histeria y agotamiento, a su gracia perversa, a la sonrisa artificial de sus labios impúdicos y marchitos, y a sus zapatos de tacos rojos como la luz afrodisiaca de sus alcobas.

Las «misas de doce» dominicales vuelcan en esas calles una profusión de mantillas y encajes, saludos y sonrisas de mujer.

—«El Perú se reduce a Lima», comentan, vanagloriándose, los limeños que emprenden viaje de turismo a las provincias, mordidas por la petulancia linajuda del norte o la obsesión regionalista del sur.

—«Lima es ***el centro***», arguían, hasta hace poco, los petrimetres capitalinos cuyas cabelleras abrillantadas por los cosméticos hacen juego con sus rostros empolvados de Talco y sus pañuelos ***tu-tan-kamen*** perfumados a Cotty.

El Perú es Lima.

Lima es «el centro».

Luego—¡oh las sutilezas del sofisma!—el Perú no es más que ese girón familiar que comienza al fin de los portales y remata en la Plaza San Martín. Y las calles ***de Mercaderes al Palais*** al ser, de esta suerte, el corazón de la Ciudad Virreynal son también el corazón del Perú. El corazón pero no el cerebro. El cerebro no está allí como tampoco lo está en los Ateneos estériles, en las Academias circunstanciales ni en las Universidades envejecidas.

Pero.....

La Ciudad ha rebalsado hoy sus muros en la vorágine de las urbanizaciones. La fiebre de de los deportes—golf, tennis, polo, automovilismo—espartaniza los músculos y tonifica el alma. Urbanizaciones y deportes, contradiciendo al sofisma, han hecho languidecer al corazón de la urbe, ***de Mercaderes al Palais,*** enjambre y rumor de colmena.

Sí.

Allí hay luz y vértigo, gente que se entrecruza, clamor agudo de claxones, piropos y sonrisas, elegante cinismo de los «señoritos» y orquesta dominical en el Palais.

Pero más allá de los extramuros, sobre el brillo aceitoso de las cintas asfaltadas y junto a la abigarrada perspectiva de los «chalets» de estilo antiguo y construcción modernísima, hay un aire puro, un cielo más azul y un olor a hierba fresca.....

EXERGO

En la imposibilidad de reproducir, por su extensión, todos los juicios críticos que, dentro y fuera del país, han merecido los dos últimos libros de Roberto Mac-Lean y Estenós, "Quimera Salvaje" y "Democracia", publicamos solo los fragmentos más importantes de muchos de ellos.

ARGENTINA

Francisco Villaespesa aplaude con entusiasmo en Mac-Lean su originalidad y su rebeldía José Santos Chocano dice que es un poeta de fantasía; alada y corazón firme; y la crítica quiso atribuirle tendencias de las que seguramente estaba muy lejos, ya que había sabido penetrar, con ímpetu irresistible, en el bello y fecundo campo del arte.

El poeta tacneño ha aumentado el rico tesoro de la poesía castellana con su libro «Quimera Salvaje» compuesto de versos sencillos, sonoros y elegantes, versos delicados y armoniosos que hablan al espíritu y dicen con claridad brillante todo lo que el poeta ha querido que digan. Hay en él mucha humanidad, belleza de expresión, gran facilidad para trasmitir los pensamientos y sentimientos más íntimos, dominio del idioma,y esa frescura de flor recién abierta que debe caracterizar a toda manifestación de lo bello. Vida, dolor, angustia, y, en medio de todo esto, música suave y serenidad del corazón.

(De *"LA PRENSA"* de Buenos Aires).

*
* *

Los libros «El Alma Errante», «Piedras Filosofales» y «Quimera Salvaje» evidencian en su autor, el poeta peruano Roberto Mac-Lean y Estenós, la naturaleza de un apasionado cultor de las nuevas formas arbitrarias y sorprendentes, de un temperamento de-

voto de la secta dadaista y de una fantasía que siente la inquietud de crear.

(De "*LA NACION*" de Buenos Aires)

*
* *

Mac-Lean y Estenós, a quien conozco por intermedio gentil de la señora Paulina de Elías Bonnemaison, es un poeta, un buen poeta vigoroso y sencillo. Y es un artista de laúd policorde y de exquisita musicalidad.

¡Cuidado de Mac-Lean si, aureolado por tan nobles atributos, no se apresura a tender el luminoao puente entre el sentimiento y la razón! Desbroce su predio el buen poeta, ensanche su horizonte, no deje que las aves fatídieas se vuelquen sobre los cerezos primaverales. Ponga un poco de freno a la fantasía de la palabra, ya que solo las parras envejecidas y agostadas necesitan el apoyo de los rodrigones y que en los viñedos sanos está bién despampanar a tiempo las guías sarmentosas para que el mosto pueda trasformarse en el licor de los dioses.

¡Tengo una gran fé en este joven poeta!

W. Jaimes Molins.

Buenos Aires

El título de «Quimera Salvaje» es, por sí solo, una síntesis de la belleza de los versos que ese libro contiene. Creo que basta un buen verso para que un poeta merezca ser consagrado y ahí hay muchos versos admirables que reunen perfección, belleza y elegancia. Encuentro en Roberto Mac-Lean

las condiciones del predestinado a señalar el florecimiento de la nueva poesía americana.

Alfonso Rosales

s|c Alcina 1960, Buenos Aires.

*
* *

BRASIL

Encantadora fruición fué para mí la lectura de los versos de Roberto Mac-Lean y Estenós.

«Quimera Salvaje» es un libro vibrante y vigoroso, de esos que surgen rara vez en la Babel del Arte Nuevo, invadido por esa avalancha de malos versificadoras que, en desmedro de la buena poesía, han brotado, al amparo de un nuevo credo, como la hierba mala en un campo sin cultivo.

En las páginas de «Quimera Saivaje» el alma tumultuosa de Mac-Lean y Estenós se extremece en la odisea milenaria de su patria o se expande en el sonoro lirismo de su poesía expontánea y libre, desgranando un canto de amor que ora se despetala como rosas bermejas, ora tiene la palidez de los rayos de luna.

Yo saludo al poeta victorioso, diciéndole como Ellick Morn: «Surge y camina porque la Belleza del Arte es inmortal».

Juana B. Machado

*
* *

Roberto Mac-Lean y Estenós, poeta peruano conocido en el Brasil por las personas que leen, pertenece a la legión de espíritus libres sobre los que no pesan los prejuicios antiguos. Sus versos emanan de un

sentimiento original de belleza y se equilibran en el ritmo de un entusiasmo fuerte y elegante.

Este poeta peruano es una síntesis representativa de la juventud de su patria, animado de un sano idealismo. Al terminar la lectura de sus versos he pensado cuán justa es la frase de su compatriota José Gálvez: «Tengamos fé en las falanges nuevas».

Joaquín Inojosa

*
* *

Los libros del poeta Mac-Lean atravesaron las fronteras del Perú para recoger en Francia, Bélgica, España y en todos los países Sud-Americanos los aplausos y la merecida consagración de la crítica.

Y es que Mac-Lean es uno de los valores más positivos de su patria. Su tomo «Quimera Salvaje» encierra, entre otras muchas, las poesías premiadas en los Juegos Florales de Lima y del Cuzco y su admirable poema que obtuvo el premio en el Concurso Internacional Latino-Americano, convocado por el Gobierno del Perú, en conmemoración del Centenario de la Batalla de Ayacucho.

Roberto Mac-Lean y Estenós es un recio artista que hace el milagro de ser original en la simplicidad de una musa común, poniendo en la rebeldía del metro el ritmo sonoro de la estrofa.

(De la revista *"A PILHERIA"* de Pernambuco.)

*
* *

Inscrito entre los valores avanzados de la origina-

lidad e insumisión el poeta Mac-Lean y Estenós es una afirmacióndel futurismo. Su talento creador resalta en producciones magníficas. Y la crítica ha corroborado el valor de este poeta, encumbrándolo entre los exponentes literarios de su país.

(De la revista "*A. B. C.*" de Río Janeiro).

* *
*

Bello libro «Quimera Salvaje». Primero surge el «Tríptico Indiano, un movimiento escénico de tres indios cuyos nobres glorifican las páginas de la Historia Peruana. «Amore Nostro» es un poema lírico de refinada exaltación. Y la «Canción Proletaria», en que los derechos de los pobres son defendidos y proclamados en estrofas sonoras de fé, en gritos de dolor, gritos de revuelta, gritos de alegría, gritos de victoria. En «Gesta Magna» canta el descubrimiento de América, su conquista, el coloniaje y la libertad. Y en «Casa Abandonada» evoca su infancia y la misión familiar.

Mac-Lean ha merecido justos elogios de la crítica de su patria y del extranjero.

(De «*DO JORNAL*" de Recife)

*
* *

Leyendo el maravilloso libro de este poeta peruano nosotros nos sentimos trasportados a las regiones purísimas de lo bello. Hablando de amor los versos de Mac-Lean poseen el ritmo de los gorfeos en bosques silenciosos; y cantando a la Patria sus estrofas tienen el clamor de las arengas. Así es este libro lle-

no de dulzura y arrobamiento. Y así es su autor, ajeno de las preocupaciones de escuela que ensombrecerían la limpidez de sus sentimientos.

Renato Teixeira

(Del «Diario do Estado».—Pernambuco)

*
* *

Roberto Mac-Lean y Estenós, prosélito de la nueva escuela que está irradiando por el mundo, es uno de los mejores poetas de su patria, el Perú.

Es un espíritu indiciplinado, con talento, cultura e inspiración. Sus versos son hermosos, palpitantes de vida, de una profunda emoción, intenso brillo y exquisita originalidad.

Desde su aparición en el mundo de las letras con sus volúmenes de versos «El Alma Errante» y «Piedras Filosofales» la crítica americana, prodigándole sus elogios, le dió el espaldaro ritual.

(Del diarto "*O LIBERTADOR*" Orgam de povo Amazonense.—No. 313)

* *
*

PARAGUAY

Debo a mi incomparable amigo Carlos Rey de Castro el haberme dado la oportunidad de leer el hermoso libro «Democracia».

Mac-Lean y Estenós es un escritor de elocuente y original estilo. Me gusta mucho su prosa empenachada y chispeante, llena de fuego y de pasión. Almas asi comprenden el dolor paraguayo.

Mac-Lean irá lejos. Tiene las dos virtudes que

dan el triunfo: talento y valentía para decir la verdad. El porvenir será suyo.

Juan E. O'Leary

* *
*

Joven y vigoroso escritor, Roberto Mac-Lean tiene personalidad propia que se perfila a través de su enérgico y bien cortado estilo.

J. Isidro Ramirez

* *
*

Roberto Mac-Lean demuestra un dominio raro del verso, una técnica de viejo cincelador de la rima castallana.

Leopoldo Diaz

Asunción, febrero 1927

*
* *

Los versos de Mac-Lean, con su prosodia metálica y sus verbos inauditos, dan la sensación de realidad viva.

Manuel Dominguez

*
* *

Entre los poetas de la nueva generación peruana los hay, como Roberto Mac-Lean y Estenós, capaces de medirse con José Santos Chocano y recoger sin desmedro el cetro de reyecía que el «Poeta de América» empuña hoy con justo título.

La orquestación lírica de Mac-Lean—éste descendiente de irlandés como nuestro O'Leary—se acerca a Wagner antes que a Verdi; es compleja, matizada y

sonora, en la riqueza de sus imágenes, en la suntuosidad de la rima, en la galanura de las voces y hasta en lo castizo de su estilo sin amaneramientos.

Vuelo altísimo, horizonte sin límites, vigor granítico, luminosidad tropical comienzan a dar fisonomía a la obra de Mac-Lean quien, no lo olvidemos, anda solo frisando en los veinticinco años.

(De "*LA NACION*" de Asunción)

*
* *

VENEZUELA

Roberto Mac-Lean y Estenós es uno de los escritores más viriles y combativos de la nueva generación literaria del Perú. Pertenece a ese grupo valeroso de hombres que ahondan la entraña misma de los problemas continentales, sienten sin miedo como late el corazón del pueblo y están armados de un grande amor a la tierra que los vió nacer y de un espíritu renovador y crítico que todo lo analiza.

Mac-Lean tiene un temperamento independiente frente a la maraña de los prejuicios creados por la ambición impotente y por la intriga de los falsos apóstoles. Su estilo incisivo y cortado es la expresión de un espíritu recio, para el que la lucha es el elemento primordial de su existencia.

(De "*EL NUEVO DIARIO*", Caracas)

*
* *

MEXICO

Me gusta en Mac-Lean, sobretodo, la fuerza de su

juventud espiritual expresada en versos de molde justo y muy ceñido. Así entiendo yo la verdadera modernidad.

Jaime Torres Bodet

*
* *

ECUADOR

Parsimoniosamente, cual se sirve a la mesa los platos delicados y los vinos añosos y opulentos, Mac-Lean y Estenós nos da regularmente, para nuestro regalo, sus libros de versos, verdaderos manojos de emoción y de poesía.

«Quimera Salvaje» es un libro de fuerte y original sabor y de poder emotivo considerable.

Sus composiciones son, de principio a fin, de inspiración y sentimiento profundos y especialmente aquellas, numerosas, que han merecido el premio en varios Concursos, dan, con su lectura, la impresión de que los fueros de la justicia han sido fielmente respetados en estos torneos.

Gonzalo Zaldumbide

En París, 1925

* *
*

URUGUAY

A esa brillante legión de poetas y escritores jóvenes, vibrante de líricos y generosos entusiasmos, pertenece Roberto Mac-Lean y Estenós quien, desde hace algún tiempo, destaca con nítido relieve su personalidad ágil y vigorosa.

Mac-Lean acomete con épico ardor y quijotesca apostura contra todo lo que considera injusto, denigrante, convencional y ridículo. Su palabra siempre encendida y sonora tiene algunas veces el restallar de un látigo en la frase incisiva y mordaz de un sátira o de un sarcasmo; otras veces semeja el retumbar de un trueno en el apóstrofe o la conminación lapidaria.

«Democracia» es un trasunto elocuente de esta interesante y verdadera modalidad de su autor.

(De *"EL IMPARCIAL"* de Montevideo)

Roberto Mac-Lean es el más representativo de los poetas peruanos.

Julio Garet Más

*
* *

Mac-Lean y Estenós es uno de los escritores más avanzados de la generación literaria del Perú. Poeta y prosista es de una personalidad intensa y multiforme. su obra se caracteriza por la pureza de expresión y la fuerza conceptiva de su autor que posee una vasta cultura estetica, política y social y un espíritu crítico fino y hondo.

Gastón Figueira

*
* *

CENTRO AMERICA: EL SALVADOR

Nos ha llegado de Lima, la Ciudad de los Virreyes, un libro vibrante escrito por pluma joven, plena de la audacia del talento: Roberto Mac-Lean y Estenós. El Perú resurge en los capítulos de «Democra-

cia» y se le ve grande, fuerte, enhiesto, de cara a sus conflictos internacionales y dispuesto a resolverlos sino por los protocolos diplomáticos por el vigor de la sangre ardiente y patriota de los hijos de los Incas.

(De la revista *"PENSAMIENTO Y ACCION"*
Año IV.—Tomo III)

*
* *

INGLATERRA

Roberto Mac-Lean y Estenós es uno de los literatos de la nueva generación peruana que más sobresale por su talento, imaginación y energía de carácter. Su estilo, sencillo y armonioso a ratos, surge de improviso como el chasquido de un látigo o con la sonoridad de un clarín de guerra. Cada une de los capítulos de su último libro «Democracia» está presentado con una energía que impone, con una claridad que convence, con una elocuencia que persuade.

(De *"THE GRADLE OF SOUTH AMERICA*
de Londres)

* *
*

BELGICA

Desprendiéndose de la fraseología hueca y del dogmatismo embrutecedor, Roberto Mac-Lean y Estenós sabe mirar las cosas de frente y tiene el valor de hablar claro. Sus escritos gustan por su elevación, su franqueza y su independencia. El Perú necesita muchos hombres como él.

Isidore Poyry
(De la Escuela de Altos Estudios de Bruselas)

ESPAÑA

El talento de Roberto Mac-Lean se ha manifestado en forma brillante en sus libros.

Con «Quimera Salvaje», Mac-Lean enriqueció la poesía peruana. Libro pletórico de belleza de expresión en el que impera el màs puro arte y en el cual el poeta ha trasmitido sus sentimientos más íntimos y más sinceros.

«Democracia» lo ha revelado como un escritor fuerte, de recia contextura espiritual y de una prosa varonil y masculina. Su autor pone en sus páginas un cerebro joven y pleno de dinamismo; un espíritu libre; y enérgico y una convicción profunda y honrada. Y esto es ya bastante para hacer una reputación que felizmente Mac-Lean y Estenòs la tiene bien ganada, ya que, dentro su generación, es un valor indiscutible; y su obra poética ha salido fuera de las fronteras de su país, a América y Europa.

(De la revista "*PERU*" de Barcelona.)

*
* *

Leyendo los poemas de Mac-Lean que canta con los laureles del triunfo, solo una frase yo encuentro: «Poeta sin par, ¡muchas gracias!»

Isabel G, de la Solana

*
* *

PERU

He leído el libro de versos «Quimera Salvaje» que su autor me entregara en propias manos, así como los juicios que la crítica americana y europea consagran a su obra poética.

En la literatura peruana contemporánea, cuyo proceso sigo con especial interés y cuya protección siempre ha constituido un premioso empeño de mi Gobierno, «Quimera Salvaje definirá la personalidad literaria de Roberto Mac-Lean y Estenós.

A. B. Leguía
Presidente de la República.

*
* *

Mac-Lean como poeta y como escritor se revela un hombre. Reune excepcionales dotes de talento, de imaginación y de carácter. Hay en toda su obra un sello de masculinidad que consuela en este medio propicio para producir lamentaciones quejumbrosas y lánguidos cantares.

Poeta y escritor es la más amplia extensión de la palabra, Mac-Lean y Estenós traduce en un estilo agil que a ratos parece el suave murmullo de las aguas que corren y a ratos el estrépido de un rayo que revienta, una penetrante sensibilidad comprensiva del dolor humano; una imaginación ardiente, pródiga en metáforas y en colorido; y una inteligencia enriquecida por una vasta cultura en donde las ideas no son meras abstracciones de la mente sino símbolos vivientes de la realidad.

Mac-Lean y Estenós es de aquellos llamados más tarde a recoger la herencia del gran caudillo que actualmente gobierna al Perú, cuyas manos vigorosas hicieron restallar, frente a todos los templos prostituídos y junto al coro de doctores insustanciales y cobardes, las cuerdas trenzadas de un látigo de guerra.

Luis Ernesto Denegri

*
* *

El libro «Democracia» me ha entusiasmado por la originalidad de los conceptos, la gravedad dórica de la frase y la sencillez que ilumina todas sus páginas.

Pedro José Rada y Gamio.

*
* *

Roberto Mac-Lean y Estenós, alto valor literario, es un muchacho que tiene vuelos de cóndor.

Carlos Rey de Castro.

*
* *

La poesía primitiva de Roberto Mac-Lean y Estenos, ávida de libertad, estaba muy lejos de las arriesgadas concepciones dadaistas, que a la aparición de su obra principal «El Alma Errante» le halló *Clovis*, desde su autorizada cátedra. Existía una sugerente, bella vaguedad en la inspiración, en el capricho eléctrico de ritmos y medidas, en los arranques originales, pero eran escasos los matices simbolistas. ¿Dónde su dadaísmo?

Siguiendo la curva literaria de Mac-Lean lo observamos plenamente. En «Piedras Filosofales» es poseedor de una mayor unidad modernista que en

«Quimera Salvaje». Sensual y saudoso, unas veces contemplativo y matinal y otras, trepidante, desganado por la duda y el deseo. Más, al través de esa diversidad de formas y emociones, fácil es advertir toda la juvenilidad inquieta de su brillante inspiración.—*Antonio Garland*

*
* *

«Democracia» es una de las más vivas llamaradas patrióticas que han resplandecido en el cielo político del Perú. Ese libro revela en Roberto Mac-Lean y Estenós una poderosa musculatura intelectual que yo admiro y que habrá de proporcionar a nuestros ambientes espirituales muchos y muy exaltados momentos de gustación artíscica.—*Manuel A. Bedoya* — Buenos Aires, 1926

*
* *

Es un prestigio para nuestra Patria que la nueva generación cuente con una mentalidad tan robusta como la de Roberto Mac-Lean y Estenós.—*Oscar Victor Salomón,* Londres, 1926.

*
* *

En «Democracia» su autor destaca con amplios relieves sus dotes de pensador y de sociólogo.—*E. de Tezanos Pinto,* Caracas, 1927.

*
* *

«Quimera Salvaje» reune todas las cualidades que debe poseer un libro de versos para ser leído con placer. Es un libro bello que tiene cosas bellas, que encanta, que deleita, que produce emociones y que sugiere estados diversos de conciencia.

En él Mac-Lean se halla cuajado y verdaderamente artista. Es sonoro; es tierno, lleno de unción amorosa; es recio, lleno de tonalidades de macho; es lírico y vibrante; y es descriptivo lleno de color y emotividad.—***Ladislao F. Meza***,—(De ***"EL TIEMPO"*** de Lima, 30 de Marzo de 1925.)

*
* *

«Democracia» revela en su autor la valentía de su orientación política y su profunda inquietud espiritual. Ese libro vale mucho y puede servir de pauta a quienes viven sepultados entre ladrillos filosóficos, más o menos cambiantes, y, en todo caso, desmoronables.—***César Vallejo.***—(De «La Semaine Parisienne» Paris).

*
* *

Roberto Mac-Lean y Estenós es uno de los valores más positivos de la intelectualidad peruana.—***Rodrigo Zárate.***

*
* *

Roberto Mac-Lean, gran poeta de la juventud peruana.—***José Torres de Vidaurre.***

*
* *

Para hablar con este poeta es preciso, como si se tratara de un Ministro, tener la paciencia guardiar antesala; detenerse ante el grito de «¡atrás!» de los guardias; mandar la tarjeta que nos anuncia; y sentarse en el salón de espera donde pululan mil gentes que anhelan verse con vuestro democrático y sabio Presidente.

Al fin suena una voz: «¡Señor Camacho, que pa-

se!». Atravesamos los pasillos palaciegos, saludamos a un Edecán y ya estamos en plena Secretaría Presidencial, cuyos sillones con terciopelo rojo, adornados con molduras doradas, bajo el milagro de la luz eléctrica, nos dan la impresión más honda de la Casa de Pizarro.

Mac-Lean se pone de pié para recibirme. Sin llegar a ser desatento, tiene la costumbre de saludar a quien entra a buscarlo poniendo la mirada fija en sus papeles para estampar en su memoria alguna cifra, alguna palabra y continuar después, sin pérdida de tiempo la labor interrumpida.

Mac-Lean es un poeta de verdad. Es serio, es grave, como el dolor, como la vida. Tiene un temperamento tan equilibrado como pocos en su generación. Leed su último libro «Quimera Salvaje» y veréis como es el alma de un poeta, llena del mejor perfume de amor y de la mejor alegría de belleza.—***Diego Camacho.***

*
* *

Escritor de pluma galana pero con punta de acero y poeta todo corazón, la obra de Mac-Lean es completa.—***El Abute Faria,***

*
* *

«Democracia» nos revela una nueva faz del temperamento másculo del joven escritor y poeea. Su frase es siempre corta, rotunda, incisiva. La parte artística de la ornamentación del libro corresponde a Raúl

Vizcarra, Emilio Goyburu, Alfredo Quispez Asín y Jorge Seoane.—(De *"EL TIEMPO"* de Lima).

*
* *

«Democracia» es un recio libro de combate sobre temas nacionales y problemas del continente.—(De *"LA PRENSA"* de Lima).

*
* *

La prosa de Mac-Lean es viva, recia, contundente, y, al mismo tiempo, concisa.—***Juan Richardson.***

*
* *

«Democracia» es un libro exultante, un libro de la educación de la voluntad. El espíritu brillante, dinámico y meduloso de Roberto Mac-Lean y Estenós nos muestra a los peruanos panoramas nuevos, columnas de ideas en marcha, que se abren campo, se reafirman y triunfan.—(De *"CRITICA"* de Lima).

*
* *

Yo siempre he admirado en Roberto Mac-Lean y Estenós ese espíritu libre, fuerte, revolucionario y artista. Tanto en su prosa como en su verso es hondo, es nuevo, es personal. Mac-Lean es, sin disputa, uno de los escritores de más vuelo en nuestra joven generación.

Los que sinceramente le aplaudimos sentimos un enorme regocijo por sus brillantes triunfos. Varonil y fuerte, Mac-Lean se ríe de los que con envidia subterránea procuran opacar su gloria, de los que preten-

den cortar su vuelo de cóndor y debilitar su verbo sonoro, porque se sabe demasiado que ellos, los del montón, bufan porque son impotentes para crear una belleza.....—*Delia Colmenares.*—(De la revista "*MUNDIAL*" de Lima).

*
* *

AREQUIPA

Ante la obra de Mac-Lean y Estenós, consagrado ya como un poeta original y recio y como un prosador medular y vigoroso, no sabemos que admirar más si sus versos llenos de inspiración y novedad o su prosa elegante y flexible que deja al lector la sensación de cosas definitivas.—(De "*EL PUEBLO*")

*
* *

Roberto Mac-Lean es un poeta que conduce triunfalmente su inspiración sobre los potros ágiles de sus versos; pero que sabe también dejar por un rato la lira para coger el cauterio con bríos juveniles y cicatrizar las llagas nacionales.—(De "*EL DEBER*")

*
* *

«Quimera Salvaje» acredita a su autor con una magnífica promesa de la lírica americana. A Mac-Lean le faltan ya muy contados impulsos para llegar hasta el fondo de la mina y encontrar el oro llameante todavía medio enterrado por los cataclismos de su juventud.—*César A. Rodriguez.*

*
* *

Amigo Mac-Lean: usted también tiene la sien para el laurel.—***Alberto Guillén.***

*
* *

Roberto Mac-Lean y Estenós, poeta y escritor de sólido prestigio, marcha hoy indiscutiblemente a la vanguardia de la intelectualidad moza del país.

Intelectual de recia contextura Mac-Lean se revela siempre con una fisonomía original. Sus versos tienen la sonoridad de la plata y la macicez del bronce. Gusta del Idealismo y vive la realidad. Eleva su espíritu al infinito y pisa firme la tierra.—***Víctor N. Benavente.***

*
* *

Hemos leído y releído las páginas de «Democracia» y nuestro espíritu ha enrojecido como una hoguera. En su corteza y en su médula hay rutilaciones de hierros crepitantes, latidos de corazones magnos, energías de musculaturas espartanas. Recio el estilo, forjado con cláusulas cortadas que dan la impresión de hachas agudas que caen certeras sobre la realidad y llegan hasta el corazón y la médula.—***José G. Valencia Cárdenas.***

*
* *

La juventud del Perú debe estar orgullosa de tener representantes intelectuales de la talla de Roberto Mac-Lean y Estenós.—***J. Ignacio de Olazábal.***

*
* *

La prosa recia y el verbo viril de Mac-Lean hacen ya de él un consagrado. Es una honra para su

cuna: Tacna.—***Rómulo Vaccaro Conil.***—(De ***"EL PORTEÑO"*** de Mollendo).

*
* *

«Democracia» es un cuadro de vivos colores. Mac-Lean recoge el Pasado triste, lo trasforma y hace de él un sublime ideal: la reintegración!—***Juan García Caldcrón.***

* *
*

La angustiosa gestación de los cien años republicanos en que caudillos y revolucionarios se encenagaron sobre la charca sangrienta la sentimos palpitar como entraña dolorosa bajo el estilo ágil y la mirada de felino implacable de Mac-Lean. El bisturí del brillante escritor se hunde bien adentro de la carne, llega al hueso y a la médula estremecida bajo su verbo relampagueante, y nos dice el dolor de una época en que la Democracia ha abortado entre manos inexpertas y la fiebre alucinante de los que tuvieron el predominio de la espada.

El anatema cae. Pero Mac-Lean y Estenós no es un demoledor. Construye grandes idealidades con su estilo agil, brillante imaginación, frase rotunda y elegante, espíritu masculino y copiosa cultura.—(De ***"EL PORTEÑO*** de Mollendo).

*
* *

TRUJILLO

En «Democracia» seduce el estilo limpio, ágil, claro y rotundo; entusiasma y convence la sinceridad

y el optimismo que pone Mac-Lean, brillante prosador, en sus ideas y observaciones.—(De *"LA LIBERTAD"*)

*
* *

Roberto Mac-Lean y Estenós al escribir su hermoso libro sobre psicología nativa «Democracia», se ha conducido tan magnificamente como cuando, sin hacer «hai-kais» ni utilizando medidas diabólicas, se pone a forjar bellos versos, acordes con su espíritu revolucionario de fuerte y amplia ideología nacionalista.—***Santiago Vallejo.***

*
* *

«Democracia» es uno de los pequeños grandes libros.—***G. F. Bringas,***

*
* *

Es raro, rarísimo, Mac-Lean. En su volumen «Quimera Salvaje» da manjar para todos los gustos.—***Arturo Lopez.***

*
* *

CUZCO

Dueño de la técnica, inspirado i sincero, de corte severo i clásico en sus sonetos esculturales i fulgentes, de una precisión i rotundidad seductoras en la metáfora, Roberto Mac-Lean i Estenós es, sin lugar a duda, entre los poetas del Perú que dan nombre i prestigian a la generación a que pertenecen, uno de los más vigorosos i personales i uno de los más defi-

nidos y fuertes temperamentos artísticos.—***José Gabriel Cossio.***

*
* *

Roberto Mac-Lean, triunfador en muchas lides poéticas, es un cantor inspirado y vigoroso de altos ideales y cosas bellas; cuya lira multicorde tiene todos los acentos y vibra armoniosa, acariciando las almas ávidas de emoción y de arte.—(De *"EL COMERCIO"*)

*
* *

PIURA

Yo voy a elogiar a Roberto Mac-Lean y Estenós. Me complazco en fijar tan claro el primer renglón. «Democracia» es un libro que camina taconeando sin miedo y hablando alto. Su autor dice, sin engañifas ni cambalaches, todo lo que quiere decir. Y esto es un mérito que obliga a leer un libro.—***Juan Luis Velásquez.***

*
* *

Libro estupendo y fuerte, libro de lucha y de pasión, libro de fé y energía, libro magnífico y raro en nuestra producción literaria Mac-Lean en «Democracia», con pensamiento elevado y bello estilo, esgríme su pluma y condena con frases que exaltan hasta la admiración.—***Pedro Miguel Mendoza.***—(De *"LA NUEVA ERA"*.

*
* *

CALLAO

El autor de «Democracia» tiene un espíritu enérgico y noble. Reflexiona. Condena con crueldad. Alienta sinceramente. Enseña y convence. No quiere gloria pero sí la merece.—(De «*LA SANCION*»)

*
* *

CHICLAYO

Se ve en Roberto Mac-Lean, que ha cimentado ya su nombre en nuestro mundo literario, una mentalidad vigorosa, un cerebro de nuestra juventud que hace labor amplia y duradera.—***Ricardo Miranda.***

*
* *

Mac-Lean y Estenós es un profundo escritor de esclarecido talento. Su palabra brota olímpica y magestuosa. No le arredra nada para hablar claro. Y habla fuerte y sonoro cuando señala derroteros y destruye anomalías.—(De «*EL TIEMPO*»)

*
* *

«Democracia» es un pregón nacionalista. Los renegados, los insulsos y los inconcientes imitadores sufrirán al conjuro de su eco una maldición de la Patria. —***Santiago Oyola.***

*
* *

Mac-Lean y Estenós, poeta que canta con dulzura, es también un escritor lapidario y un polemista estupendo que sabe poner vitriolo en la punta de su pluma. Tiene en su libro «Democracia» párrafos que, por su contundencia, parecen escritos por la pluma flamígera de Juan Montalvo.—***Gustavo A. Risco.***

*
* *

CAJAMARCA

De las páginas «Democracia» surgen conceptos de vida, ráfagas de esperanza y alientos de vivificación.—*Nazario Chavez,*

*
* *

Roberto Mac-Lean y Estenós, escritor de fuste y poeta delicado, ofrece en su obra, hecha para los espirituales, aromas de nardo, perfumes de violeta y chasquido de látigos.—(De *"EL PERU"*).

*
* *

MOQUEGUA

Roberto Mac-Lean y Estenós dice fuerte lo que piensa y siente. Su inspiración repleta de imágenes seductoras es su única guía cuando hace versos; y cuando escribe en prosa, sus ideales y su rotunda manera de expresión son su único norte.—(De *"LA REFORMA"*)

*
* *

Hay que admirar en Mac-Lean un privilegio de que muy pocos escritores nacionales hacen gala: la condición. El autor de «Democracia» dice mucho, en poco, con una facilidad asombrosa. Los que hay en sentido el acicate de su verbo ya saben que no van a estrellar sus iras contra el seudónimo sino contra el baluarte real. Hacia él irán los intrigantes para amenguar su obra. Pero nada conseguirán porque Roberto Mac-Lean y Estenós es águila caudal que está sobre la mediocridad hasta la que no llegarán los ladrillos de

los mastines aguijoneados por el hambre de la envidia. Es Mac-Lean de madera de apóstoles. Adelante! —(De *"EL FERROCARRIL"*)

*
* *

«Democracia» es un libro que simboliza el espíritu de nuestra raza.—(De *"LA PROVINCIA"*)

*
* *

HUANUCO

Roberto Mac-Lean y Estenós es un másculo poeta de brillante imaginación, y un prosador viril, con un sello de masculinidad tan propio en él y tan raro en nuestros escritores. Su libro «Democracia», su libro sin precedente, basta, por sí solo, para colocar a su autor en el plano de los más destacados valores intelectuales de Hispano-América.—(De *"EL ESPECTADOR"*).

*
* *

HUACHO

Roberto Mac-Lean y Estenós es un espíritu fuerte, valiente y atrevido: los ídolos de barro no le perdonarán su audacia. Su pluma acerada y candente todo lo avasalla, amputa, extirpa a fuego, sin piedad. Y con todo, dice la verdad: este su mérito.—(De *"EL HERALDO"*).

*
* *

HUARAZ

Roberto Mac-Lean ha estudiado a fondo el alma peruana. Restaña heridas e inyecta energías con su espíritu sólo y fuerte.—(De *"LA AUTONOMIA")*

*
* *

ICA

«Democracia» contiene capítulos admirables y revela el espíritu selecto y batallador de Mac-Lean y Estenós.—(De "*EL ECO*")

*
* *

PACASMAYO

El libro de Mac-Lean, escritor que sale de los moldes de nuestra literatura faraónica y decorativa, es un índice de energía moral, patriotismo constructivo y visión telescópica sobre las realidades nacionales, escrito en un estilo viril, y caústico.-(De «*LA UNION*»)

En los talleres de la Casa Editora de P. Caballero e Hijos, Plazuela del Teatro, Nº 229, se imprimió este libro, escrito por Roberto Mac-Lean y Estenós, algunas de cuyas crónicas fueron publicadas ya en las secciones "De Mercaderes al Palais" y "Pajaritas de Papel" que en la revista "MUNDIAL" y en el diario "LA PRENSA" escribe el autor. Y finalizó esta impresión en la segunda decena del mes undécimo de este Año del Señor de Mil Novecientos Veintisiete, en la CIUDAD DE LOS REYES.

UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 003243737